

La alegría de la huerta

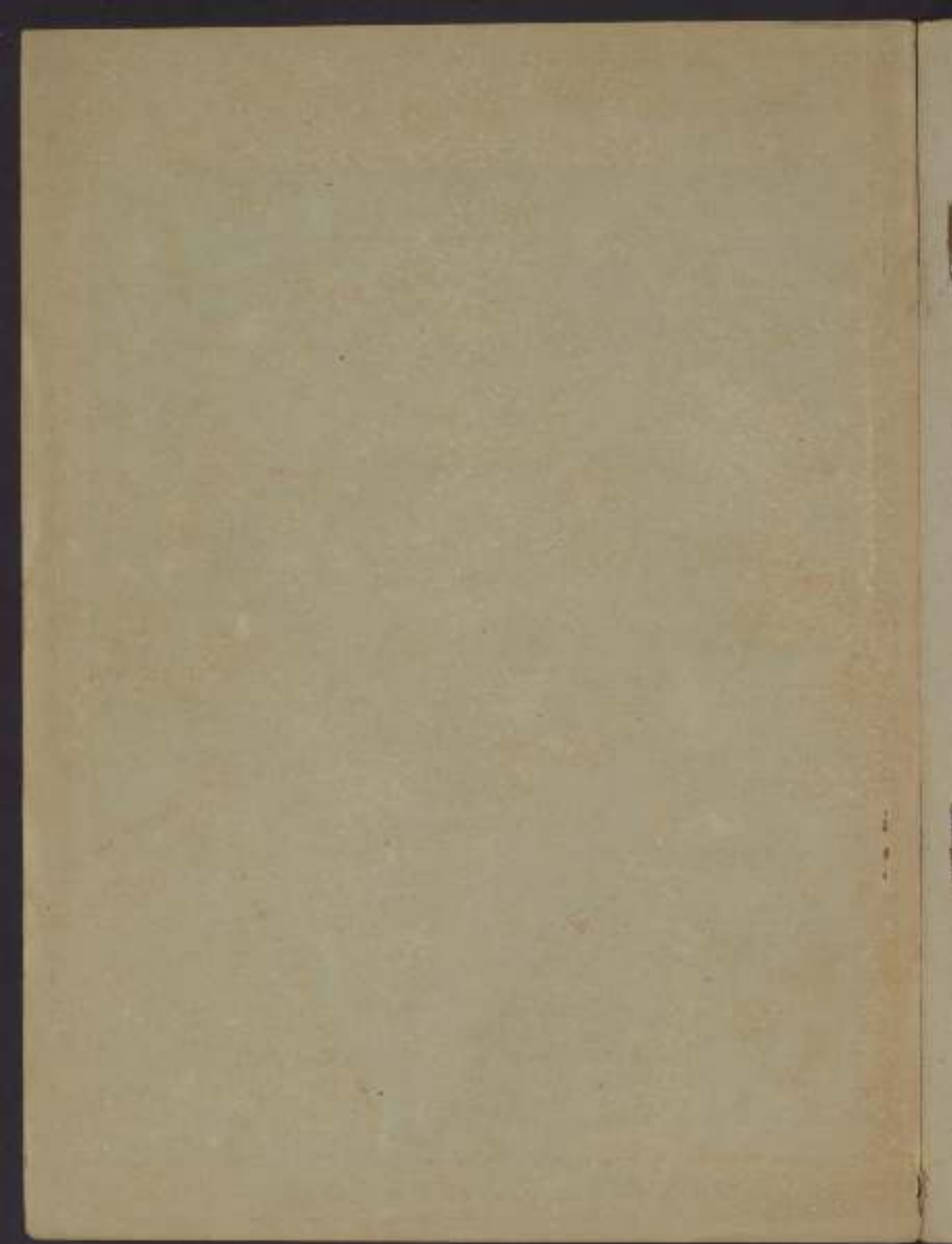
A. PASO CANO - GARCIA ALVAREZ



Biblioteca Filme Nacional

Editorial Volcan

FLORA SANTACRUZ





AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

BARRADA, 14 y 16
BARCELONA

CARLOS, 3
MADRID

Reservados los derechos de
producción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.

Valencia, 234 - Teléfono 79667

BARCELONA

Biblioteca Films Nacional

FUNDADOR Y DIRECTOR:
Ramón Sala Verdaguer

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Aperiado 707 - Teléfono 70657
BARCELONA

AÑO III

Núm. 21

LA ALEGRIA DE LA HUERTA

Toda la bella poesía de la alegre huerta murciana, sirve de marco para presentarnos la sinceridad de las pasiones que, como flores, brotan en los corazones de sus huertanos. Amores que sufren por el desvío unas veces, por los celos otras, pero que finalmente saben elegir entre todos aquel que es el único en el corazón de los que empiezan a vivir la primera juventud.

Creación de **FLORA SANTAEKUZ** y **SALVADOR CASTELLÓ**

Película basada en la espléndida zarzuela del mismo título de

ANTONIO PASO Y GARCIA ALVAREZ

músicos del malogrado maestro

CHUECA

DISTRIBUIDA POR



PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Carola</i>	FLORA SANTACRUZ
<i>Alegria</i>	SALVADOR CASTELLÓ
<i>Isabelica</i>	Maruja Catalá
<i>Juan Francisco</i>	Manuel Ros
<i>Heriberto</i>	Federico Esquela
<i>Tío Piporro</i>	Emilio Marco
<i>Troncho</i>	Manuel Bealdez
<i>El caja</i>	Francisco Fernández
<i>El trompa</i>	Joaquín Meseguer
<i>Tía María</i>	Matilde Artero
<i>Madre de Alegria</i>	Dora Sánchez
<i>Tío Colás</i>	Juan Merino
<i>El flauta</i>	Juan Giménez

<i>Dirección:</i>	RAMÓN QUADRANY
<i>Producción:</i>	LEVANTE FILMS
<i>Jefe de producción:</i>	BENITO LÓPEZ RUARO
<i>Estudios:</i>	LEPHANTO
<i>Laboratorios:</i>	CINEFOTO
<i>Sistema de sonido:</i>	FOKO - IBERIA
<i>Adaptación:</i>	RAMÓN QUADRANY
<i>Dirección musical:</i>	DANIEL J. SALAS
<i>Montaje:</i>	NILO MASSÓ
<i>Operador:</i>	RAMON DE SAROS

Novelada por
MANUEL NIETO GALÁN

LA ALEGRIA DE LA HUERTA

ARGUMENTO NOVELADO DE LA PELÍCULA

LA ALEGRIA DE LA HUERTA

BELLA, como ninguna otra de España, la huerta murciana se extiende perfumada por el aroma de sus frutos y flores. Y como flores, también nacen en ella amores firmes y sinceros. Sus mujeres saben amar con pasión desbordante y saben ser fieles también al hombre que consigue su corazón con la misma firmeza con que aquella tierra prodiga sus frutos.

Entre todos los huertanos, el más querido de todos, el más apreciado por mozas y muchachos era Alegría. Joven, con unos veinticinco años en el haber de su vida, Alegría era una especie de ídolo en toda la huerta. Correspondiendo a su nombre, ja-

más se le vio triste, ni jamás se le conoció una pendencia con nadie. Era un pajarillo más de los muchos que anidan por los árboles de la florida huerta y uno más que con sus canciones alegraban el rudo trabajo diario. Mas, a pesar de aquella alegría, era serio en sus tratos. Una palabra suya valía tanto como un contrato firmado ante notario, y si él decía una cosa, o hacía una promesa, no había nadie que lo pusiese en duda.

Lo raro en un hombre de aquella condición, tan expansivo de por sí, era su timidez ante las mujeres. Ninguna moza oyó de sus labios un requiebro, ni ninguna tuvo nunca

motivos para pensar que Alegría la cortejase.

Era pobre, eso sí. No tenía más hacienda que la pequeña huerta que él mismo trabajaba; pero con ella se sentía feliz y no envidiaba a nadie. Tenía lo suficiente para vivir él y su madre, y con ello se contentaba y daba gracias a Dios.

Sin embargo, sondeando en el fondo de su corazón podía encontrarse un sentimiento amoroso, una gran pasión tan grande como su propia vida, y era la que sentía por Carola. Desde muy pequeño habían sido amigos de la infancia, habían compartido juntos sus juegos y sus meriendas. Juntos habían corrido por aquellos campos en busca de nidos y de frutas, y juntos también habían tenido esas pequeñas peleas que sirven para hacer más fuerte la amistad o el amor entre dos corazones que empiezan a asomarse a la vida.

La pasión de Alegría fue naciendo en él y creciendo a medida que se iba haciendo hombre. Ni él mismo sabía cómo había llegado a enamorarse de Carola, pero ahora, cuando pudo comprender y analizar el sentimiento que sentía por ella, pudo darse cuenta de que aquella mocica lo era todo para él.

Pero su timidez jamás le permitió decirle el mucho amor que por ella

sentía. Estaba, no obstante, seguro de que ella también le amaba. Se lo habían dicho sus ojos al mirarle, acariciadores; se lo había dicho su voz, al hablarle con cariño; se lo habían dicho sus manos, al temblar entre las suyas, cuando alguna vez se las dieron para despedirse; y se lo habían dicho también todos sus amigos, que habían adivinado en la moza bonita aquel amor que Alegría supo despertar y no recoger. Pero el temor a sufrir un desengaño lo detenía. Esperaba y no sabía qué. Esperaba que un día, cuando fuese, la ocasión pudiera presentarse y entonces demostrarle a Carola que la quería con toda su alma. Y, mientras tanto, seguía amándola en silencio y adorándola como se adora a una reliquia santa.

Carola era también la moza más bonita de toda la huerta. Sus cabellos rubios como el color de las espigas doradas por el sol levantino daban a su rostro resplandores de primavera, y sus ojos azules, tan azules como el cielo de la huerta, brillaban en la blancura aterciopelada de su cara como dos luceros reflejados en un campo de nieve. Su cuerpo esbelto, aun no había sufrido el castigo del duro trabajo de la huerta, y sus manos chiquitas y suaves parecían, más que las de una hortelana, las de una princesita soñadora que espe-

rare la llegada del guapo doncel en cabaigadura de oro.

Y lo mismo que Alegría sentía por ella, Carola sentía también un inmenso amor hacia el amigo de la infancia, hacia el único hombre que, sin decirselo, había conseguido enamorarla. Cuando hablaba con él se sentía transportada a un mundo de hechizo y esperaba el instante supremo en que Alegría la dijese su amor.

También ella sabía que él la amaba. También ella lo había leído en su mirada y en el afán diario de Alegría de estar el mayor tiempo posible a su lado. Se lo demostraba por aquella solicitud de siempre en ayudarla en su trabajo y por aquel deseo constante de agraderla.

Muchas amigas suyas se lo habían advertido, aunque no era necesario, y Carola esperaba con el deseo propio de toda enamorada, que llegase el día en que Alegría, venciendo su timidez, le declarase su amor.

Cuando llegaba la tarde, Carola esperaba impaciente el momento de ver a Alegría que venía a recogerla, haciéndose el encontradizo, cuando terminaba la faena, y cada día era para ella una esperanza más de que se le declararía.

Pero no era solamente Alegría quien estaba enamorado de Carola. Había otro mozo que suspiraba por

ella y que esperaba el momento de poderla hacer suya. Era este Juan Francisco, Hijo del diputado del distrito y heredero de unos buenos miles de duros, creía probable vencer el alejamiento de Carola y conseguir que le amase. Sabía de la inclinación de la moza por Alegría, pero pensaba también que el porvenir que él le ofrecía no podía compararse con el del joven labrador. Abrigaba la esperanza de que los padres de Carola se pondrían de su parte y que con la influencia de ellos la joven llegaría a acceder a sus pretensiones.

Para esto tenía también un ayudante. Era un tal Heriberto, músico del pueblo y director de la banda que se estaba organizando, el cual, en vista de la influencia que tenía el padre de Juan Francisco, se había puesto del lado de éste para congratularse con él y conseguir los favores del diputado. Porque Heriberto, en medio de su idiotez, comprendía que el que a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija, y la sombra del padre de Juan Francisco no podía ser mejor!

A decir verdad, Juan Francisco no es que se valiera de caminos tortuosos para conseguir el amor de Carola. Era un muchacho honrado y la quería con honradez. Quería únicamente ganarla en buena lid, luchar

noblemente con su rival y ver cuál de los dos vencía. Y en esta disputa, los dos jóvenes seguían cortejando a la muchacha y ésta esperando que Alegría se decidiese a decirle algo.

Se acercaba la fiesta de la patrona, de la Virgen de la Fuensanta, a quien todos veneraban, y Heriberto había comenzado ya a formar su banda, que más bien era una especie de murga.

La tarde caía lentamente, y Carola, que acababa de lavar en la acequia, recogió la ropa, la metió toda en un febrillo y echó a andar, carretera adelante, camino de su casa. Lo extrañaba que aquel día no hubiera llegado ya Alegría, y pensando en él, se tropezó con unos gitanillos que venían en sentido contrario. La detuvieron pidiéndole una limosna, y uno de los chiquillos le pidió:

—Resalá, dame una perrilla, anda.

—Si no quieres dársela a él—le dijo la gitana que los acompañaba—, dáme-la a mí pa mis churumbeles.

Carola se quedó mirando a la gitana y le preguntó riendo:

—Pero ¿tú tienes churumbeles?

—Yo no—le dijo graciosamente la gitana—, pero los tie mi marisita, que pa eso se pinta sola.

—No seas rufiosa—insistió el gitanillo—, que ties cara de princesa.

—Galante viene el mocito—le dijo Carola riendo.

—Anda—insistió la gitana—, dame algo pa mis churumbeles, flor de las flores. Anda, que ties cara de buena y cuando sonrías paese que se alegra toa la huerta.

En este momento, Alegría, que había ido a buscarla y corrió a su encuentro, llegó hasta donde estaba la muchacha y le dijo, emocionado de haberla encontrado:

—Carola, te he buscado en el lavadero y me habían dicho que te habías venido para aquí.

—Me he venido camino de mi casa—le dijo ella sonriendo felizmente al verlo.

La gitana se los quedó mirando fijamente y con esa picardía propia de los de su raza, comprendió lo que entre los dos jóvenes pasaba, y exclamó:

—Dios los cría y... Galán, eres un güen horticultor, mira cómo sabes dónde se esconde la mejor flor de la huerta. Vais a ser los más felices con catorse churumbeles como catorse soles. Anda, galán, dame una monea, aunque sea de... plata.

Todos los gitanillos rodearon a la pareja hasta que Alegría, para alzarlos, les dió una moneda y se fueron diciéndoles:

—Dios os aumente la caría y los hijos.

Cuando hubieron desaparecido los gitanos, quedaron los dos solos, y

LA ALEGRIA DE LA HUERTA

Alegria miró fijamente a Carola, que esperaba ansiosa una palabra de él. Pero la timidez de Alegria se impuso una vez más y sólo supo decirle:

—Dame el lebrillo.

—Pero, ¿vas a llevarlo tú?

—No será la primera vez—respondió sonriendo—. Vamos, dámelo.

Le cogió el lebrillo y comenzaron a andar camino de la casa de Carola, al mismo tiempo que Alegria le decía:

—Me gusta quitarte este peso.

Carola, para incitarlo a hablar, le dijo:

—Eso es porque tú me quieres bien. ¿Verdad, Alegria, que tú me quieres bien?

La ocasión y la pregunta eran favorables para que otro menos tímido que Alegria declarase aquel noble sentimiento que embargaba su corazón, pero el muchacho, a pesar de ello, sólo supo contestarle:

—Lo que sé es que el rato que estoy a tu lado...

—¿Te parece largo o corto?—le atajó ella, dándole nuevamente pie para que él lo declarase su amor.

Alegria sonrió bajando la vista al suelo, medio avergonzado, y respondió:

—¿Me haces unas preguntas!

—Te hago las mismas preguntas que me hago yo a solas... Ahora que

yo sé contestármelas, y tú, por lo visto...

—Mira, Carola—la interrumpió el muchacho.

La moza sintió que el corazón le saltaba de alegría. Indudablemente por fin Alegria iba a atreverse a hablar, y ante la pequeña pausa que él hizo, ella le preguntó:

—¿Qué quieres? ¿Qué me ibas a decir?

—Pues verás... Yo...

—Habla, hombre—le dijo ella, al ver que se detenía—. Ya te escucho.

Alegria sintió que un frío enorme le corría por todo el cuerpo. Su semblante se tornó amarillo y balbuceó algunas palabras que no entendió Carola y que le hicieron preguntar:

—Pero, ¿qué tienes?... ¿Es que te pones malo?

—No sé, Carola, no sé. Siento un ahogo en el pecho que destroza la voz.

La moza, desesperada ante tanta cortedad, exclamó irónicamente:

—¿Qué pena!... ¿No estarás resfriado?

Y echando a andar indignada contra la timidez de él, le dijo:

—Cúdate, Alegria.

El la siguió de cerca, sin atreverse a decirle nada. Había advertido el enfado de ella y procuraba guardar silencio hasta que fuese otra vez la

misma Carola quien le diese pie para poderla hablar. La muchacha seguía caminando sin mirarlo siquiera, hasta que de pronto recogió una margarita del campo y enseñándosela a Alegría le dijo:

—Veremos lo que dice esta margarita.

Se puso a deshojarla y Alegría suspiró tristemente diciéndole:

—Dichosa ella que puede responder sin hablar.

Hasta ellos llegó el sonido de un clarinete. Estaban ya cerca de la casa y Alegría pensó que tampoco aquella tarde podría decirle nada.

QUIEN ERA EL TÍO PIPORRO

CERCA de la casa de Carolina estaba Heriberto y Troncho. Los dos se hallaban sentados en un taburete que había en la puerta de la taberna discutiendo sobre el nuevo pasodoble que había escrito Heriberto, cuando llegó el tío Piporro. Era éste un vejete muy «templa» y muy querido en toda la huerta. No se había casado nunca y presumía de que la mejor novia que puede tener un hombre es la tierra. El tío Piporro, que conocía de sobras las buenas cualidades de Alegría, sentía por el el mismo cariño que hubiera puesto en un hijo, de haberse casado y de haberlo tenido. Cuando llegó adónde estaban Troncho y Heriberto, los saludó diciéndoles:

—Buenas tardes, nos dé Dios, músico.

—Buenas, tío Piporro—respondió Troncho, dejando de beber.

—¿Qué? ¿Preparando los festejos pa nuestra Fuensantica?

—Preparándolos—respondió Heriberto—. Y que la parte sensacional, lo mejor, es el estreno del pasodoble con que obsequio a este vecindario.

—¿Y se tocará en la procesión?—preguntó el tío Piporro.

Heriberto se estiró cuanto pudo para responder orgullosamente:

—Ya lo creo que se tocará. ¿Qué mayor honra si el Alcalde, luego, en el Ayuntamiento, me diese el Diploma de Honor?

Troncho se le quedó mirando extrañado. A pesar de su falta de co-

nocimiento de cuanto era música, le resultaba muy difícil que aquel pobre hombre consiguiera el diploma que ambicionaba, y Heriberto, que creyó leer en su semblante aquella desconfianza, se apresuró a decir:

—Pues no crea usted que no soy digno de ello... porque mis merecimientos...

—Sí..., sí...—murmuró el tío Piporro— Acuérdesse usted del mes pasao, que le llamaron pa una misa de difuntos y tocó usted unas malagueñas.

Heriberto encontró salida para aquella equivocación suya y respondió rápidamente:

—Bueno, yo toqué unas malagueñas, porque el muerto era de Málaga... El modernismo se impone.

—Sí, sí. Güeno está usted y el modernismo.

Pero a Heriberto, que no le gustaba mucho discutir con aquel viejo cazarro, que le contaba los pelos a un calvo, optó por marcharse y se despidió diciéndole:

—Vaya, con su permiso me retiro... Tenemos que ir frente a la casa del tío Colás para ensayar mi pasodoble. No quiero que lo conozca nadie hasta el momento decisivo. Con Dios, tío Piporro.

—Adiós, músico—le despidió aquél, riéndose para sus adentros y

pensando que aquel pobre murguista, que no otra cosa era, no podría nunca componer una mala pieza de música.

Poco después se hallaba Heriberto con sus músicos ensayando el famoso pasodoble, que había de darle tanta celebridad, cuando pasaron por allí Alegría y Carola. Troncho, uno de los músicos, saludó al muchacho diciéndole:

—Hola, mocico... Dios te guarde, Carola.

—Y El a ti, Troncho—respondió la moza cariñosamente.

Heriberto se creyó en el deber de decirle una galantería y se acercó más a ella diciéndole:

—Bendito Dios que hizo esa cara para que sirva de alegría a esta bendita huerta.

Carola se echó a reír ante el requiebro y le respondió:

—Usted siempre con sus decires.

—Con mis decires, no. Con mis verdades.

Alegría, que no veía con buenos ojos que nadie le echase requiebros a Carola, cortó la conversación diciéndole:

—¿A ensayar ya?

—A ensayar mi pasodoble... Ya veréis cómo es lo mejor de la tarde... Ya lo veréis.

—Pues no hay que perder tiem-

LA ALEGRIA DE LA HUERTA

po, que se echa encima el día de la fiesta—le apremió Carola.

—Llevas razón. Esas palabras son unas sentencias, conque al trabajo, Troncho, a conquistar la celebridad.

Heriberto, como hombre de los más finos del pueblo, hizo una reverencia a Carola y se fué con sus músicos, mientras que los dos jóvenes se reían de la comicidad del músico.

UN AMOR QUE NO SABE EXPRESARSE

SEGUNDOS después, los dos jóvenes llegaron a la puerta de la casa de Carola. Durante todo el camino, Carola había esperado que Alegria le dijese una palabra de amor. Quería que le expresase aquel amor, que ella estaba segura que lo tenía y que por su parte estaba deseando declarar que era correspondido. Pero en todo el trayecto, el mozo no supo atreverse a decirle nada, y cuando llegaron al final, o sea a la puerta de su casa, Carola le dijo desalentada:

—Bueno... Ya hemos llegado. Dame el lebrillo.

—Toma—respondió Alegria.

La moza esperó unos segundos para ver si él se decidía a algo, y viéndole callado exclamó:

—Y... hasta otro día.

—¿Hasta mañana?

—Sí, hasta mañana...

—Es que yo...—empezó a decir el muchacho, pero un nudo tremendo se le hizo en la garganta y se quedó sin fuerzas para decirle lo que en aquel instante le estaba dictando su corazón.

Carola, creyendo que por fin iba a llegar el momento en que le declarase su amor, al ver que se detenía intentó animarlo diciéndole:

—¿Tú, qué?

—Pues yo, que... que cada día estás más guapa y que yo... yo quiero decirte... que yo... yo...

—Sigue—le animó ella.

—En fin... pues... eso... que cada día estás más guapa.

LA ALEGRIA DE LA HUERTA

En la cara de Carola pudo leerse nuevamente esa expresión que se produce siempre cuando se pasa de la esperanza a la desilusión. Comprendió que aquel hombre no se atrevería nunca a decirle nada y despechada por aquella incomprensible timidez se despidió diciéndole:

—Adiós, Alegría,

—Queda con Dios, Carola.

La dejó marchar el mozo. Y mientras se alejaba de allí iba indignado consigo mismo, al ver que no se atrevía a decirle a la moza todo el inmenso amor que por ella sentía. Y lo más grande del caso era que cuando estaba solo se le venían las palabras a la boca y sabía expresar aquel dulce sentimiento que lo embargaba con las palabras más bonitas; pero luego, al verse frente a ella, olvidaba todo lo que había pensado y no sabía decirle más que aquello: que estaba guapa...

Antes de entrar en su casa, Carola se detuvo con Isabelita, una íntima amiga suya, que le preguntó, al ver que se separaba de Alegría:

—¿Qué? ¿Se te ha declarado ése?

—No, hija, no—respondió con rabia Carola—. Siempre con esa maldita cortedad suya... Se ve que me quiere, que desea ducírmelo, pero se atasca y pasa un día y otro y otro y así siempre. Si sigue así,

me parece que me quedo para vestir santos.

—No digas eso—respondió riendo su amiga—. Ya romperé algún día. El es muy bueno.

—Sí, tanto como corto... En fin, habrá que esperar.

Se despidieron las dos amigas y al irse a separar vieron que Heriberto, desde lejos, las seguía con la vista. Al darse cuenta de que habían advertido que las miraba, se fué corriendo para reunirse con los músicos que estaba preparando para organizar la banda del pueblo que había de tocar en la fiesta.

Poco después llegó adonde estaban reunidos los cinco o seis músicos que componían la célebre banda y Heriberto sacó un papel del bolsillo, donde llevaba anotados los nombres de todos, y comenzó a pasar lista nombrándolos.

—Crescencio Peatón.

El aludido, que era el que tocaba la trompa, contestó:

—Presente.

Heriberto se adelantó a él y le preguntó:

—¿Tú qué eres?

Crescencio señaló su instrumento y le respondió:

—Mírelo usted.

—Sí, ya veo, trompa. Muy bien. ¿Y es de oficio o es de estudio?

—Es de un primo mío— respondió.

—¿Qué dices, hombre? Te pregunto que si eres músico de estudio.

—¡Ah! Yo creí que me preguntaba usted de quién era la trompa.

—Bueno. Está bien, déjalo. A ver, otro, Casimiro Díez.

—Servidor— respondió el nombrado en segundo lugar.

—¿Tú qué eres?

—¿Yo? Cojo. ¿No me ve usted?

—No es eso, hombre. Te pregunto qué es lo que tocas.

—La flauta, pa lo que usted guste mandar.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad, Díez?

—No, señor; yo soy de Castronilla, diez leguas escasas de aquí; pero me dijeron que aquí se estaba organizando una murga y me dije: «Anda, Díez»...

—Sí, anda diez leguas—le atajó Heriberto—. Bueno, retírate. A ver otro, Braulio Crespo.

Nadie respondió a la pregunta. Heriberto volvió a gritar:

—Braulio Crespo.

Nadie respondió a este nuevo lla-

mamiento y todos los músicos se miraron unos a otros, hasta que Heriberto preguntó:

—¿Es que no ha venido?

El trompa, que estaba al lado del caja, le respondió señalando a su compañero:

—Es éste.

—¿Y por qué no contesta?

—Porque es sordo como una tapia.

Se acercó al caja y gritándole en el oído le dijo:

—Tú, Crespo, que te llaman.

—¿Qué?—preguntó el sordo, sin enterarse aún bien, a pesar de los gritos de su compañero.

El trompa, comprendiendo que nada conseguiría, le empujó adonde estaba Heriberto, quien, a grito pelado, le preguntó:

—¿Sabes música?

—No, señor—respondió el sordo.

—Pues cómo tocas, entonces?

—Toco de oído.

Heriberto se dio cuenta de lo imposible que era informarse con aquella pandilla de patanes y decidió comenzar el ensayo, antes de que se hiciera más tarde.

LOS CONSEJOS DEL TIO PIPORRO

Al día siguiente se hallaban en la huerta el tío Piporro y Alegría, trabajando, como de costumbre. En uno de los descansos, Alegría sacó la conversación de sus amores, y el tío Piporro, al mismo tiempo que liaba un cigarro, le dijo:

—¿Las mocicas? Güenas están todas. No quipo sabé de ninguna. Toas son lo mismo...

Alegría protestó. El no consideraba a Carola igual que todas.

—Alguna buena habrá, tío Piporro.

El tío Piporro movió la cabeza dudando de aquellas palabras del mozo y le respondió:

—Confías demasiado en las mujeres; tú crees que sembrar cariño es lo mismo que sembrar... Y créo-

me, cuando se siembra algo en una mujer, hay que escardar todos los días, porque siempre hay hierbas malas... Tú tienes un genio más güeno que las espigas del trigo... Te ríes de todo y siempre estás más alegre que unas catañuelas.

—¿Y qué quiere usted que haga? Ahí tiene usted a Carola, llevo diez años a su lado y son diez años que la llevo dentro del corazón... Pues a pesar de eso entavía no le he dicho na... No me atrevo... Me cuesta mucho trabajo decírselo... Ella, en cambio, me dice todo con los ojos... «Alegría, sube el lebrillo; Alegría, llévame el cántaro»... Y todo eso, ¿qué es? Ya sé yo que es algo de comodidad, pero también es algo de cariño, tío Piporro.

—Bien, mocico; allá tú con tus

amores y tus pensamientos; pero yo, ya te lo digo, pa mí todas las mozas son iguales.

Alegria sentía que el tío Piporro hablase así también de Carola, y para dar fin a la conversación terminó diciéndole:

—Vamos a trabajar, tío Piporro, que ya hemos dado bastante descanso al cuerpo y bastante trabajo a la lengua.

Los dos hombres se pusieron de nuevo a trabajar, mientras que lejos de allí, cerca de la casa de Carola, ésta se hallaba tendiendo la ropa que acababa de lavar.

Fácilmente se adivinaba en el rostro de Carola que una pena muy honda la atormentaba. Pensaba en Alegria, en el único hombre a quien había amado en toda su vida y quien jamás se había atrevido a decirle nada de amor. Y lo peor del caso es que Carola estaba segura de que Alegria la amaba, estaba segura de que todos sus pensamientos eran para ella, pero sin embargo y a pesar de aquella seguridad había algo en el interior de su corazón que la atormentaba como si presintiese que algo horrible había de ocurrirle.

Y es que la joven se veía acorralada por Juan Francisco, sabía las intenciones que éste tenía cerca de ella y temía que un día u otro, influenciada por los consejos de sus

padres o por el despecho, ante la cortedad de Alegria, pudiera ceder a las pretensiones del hijo del richacho.

Poco le importaba a ella la riqueza de Juan Francisco, toda su fortuna no podía compararse con el amor tan grande que ella sentía por Alegria. Con él le importaba poco la pobreza puesto que el amor les daría la felicidad que nunca suele dar el dinero.

El sol quemaba con esa fuerza de la huerta, y Carola, de cuando en cuando, se pasa el dorso de la mano por la brillante frente, en la que algunas gotitas de sudor, como perlas riquísimas, humedecían los rizos de oro de su cabello.

Aquel color de cereza que animaba sus mejillas se acentuaba más con el trabajo de tender la ropa, y su busto, al alzar los brazos, adquiría perfecciones de inigualable belleza. Carola era un verdadero tipo de mujer murciana y por eso en muchas luegas a la redonda se hablaba de ella como de la moza más guapa de toda aquella comarca.

Desde dentro de la casa se oyo la voz de su madre que le preguntaba, sin salir:

—¿Has terminado ya, Carola?

—Todavía no, madre—respondió la muchacha.

LA ALEGRIA DE LA HUERTA

—Pues date prisa que hay todavía mucha faena que hacer.

—Ya lo sé, madre—volvió a decirle—; pero no crea usted que estoy parada.

Su madre apareció en la puerta de la casa y al ver a su hija tendiendo le preguntó extrañada:

—¿Pero todavía te queda esa ropa?

—Pues sí que no va usted a prisa, madre—le dijo ella—. ¿Cree usted que soy una máquina?

—Que siempre has de responder así—se exclamó su madre.

—¿Y cómo quiere usted que le responda?—le dijo Carola.

—De otra forma, hija. Parece como si te hubiera picado la tarántula.

Carola, que no estaba, como en efecto había visto su madre, de muy buen humor, le respondió:

—No me ha picado nada, y si lo dice usted por lo que yo me sé, esa es cosa mía nada más. Que a nadie le doy parte en mis penas ni en mis alegrías.

—Alegría—se exclamó su madre—. Eso es lo que te hace falta a ti... Si de sobras me sé yo lo que tienes.

—Pues si lo sabe, ¿por qué me lo pregunta?

Su madre no quiso seguir discutiendo con ella más tiempo. Sabía

que al fin y a la postre terminaría Carola haciendo lo que le viniese en gana y se fué otra vez dentro de la casa, para seguir en su faena y dejar que su hija terminase de tender la ropa.

La calma del campo era absoluta. No se oía una sola voz y todos parecían entregados al rudo trabajo diario. Tan solamente de vez en cuando se oía el rechinar de una carreta que cruzaba llevando en su interior, como una montaña inmensa, las ricas y doradas espigas, y la voz del conductor animando a los animales para que avivasen el lento andar que llevaban.

Isabel se presentó minutos después y al ver a Carola sola le preguntó:

—¿Está tu madre dentro de la casa?

—Sí—respondió ella—. Ahora mismo acaba de entrar.

—Pues voy a verla, que traigo un recado para ella.

Pero antes de entrar en la casa le preguntó:

—Oye: ¿has visto a Alegría?

—No—respondió ella—. ¿Para qué quieres que le vea?

—Mujer, ¿para qué ha de ser?—le preguntó Isabel—. Ya sabes que entre nosotras no hay secretos.

—Pues por eso te lo digo. Alegría

no me dice nunca nada—se lamentó Carola.

—Pero tú estás segura de que te quiere—le dijo Isabel.

—Sí, yo creo que me ama; pero, hija mía, no hay manera de sacarle una palabra del cuerpo. Busca todas las ocasiones para estar junto, siempre me acompaña, yo sé que desde chico no ha tenido otro pensamiento que no fuera yo, sé que no hay para él otra mujer más que yo, pero así y todo nunca se atreve.

—Ya sabes lo corto que es—le dijo Isabel—. Además, todo el pueblo sabe que te ama.

—Sí, ya sé que es capaz de decirselo a todos, menos a mí, que soy la interesada.

—¿Y Juan Francisco?—le preguntó Isabel.

—Ese está como siempre. No hace más que buscar la ocasión de hablar conmigo, aun cuando se debe dar cuenta de que le huyo.

—Pues yo le plantaría de una vez—exclamó Isabel.

—Eso no puedo hacerlo. Ya sabes quién es Juan Francisco. Su enemistad podría hacer mucho daño a mis padres, además que él tampoco se propasa y no es cosa de que sea yo quien le dé a entender lo que finjo no saber.

—¿Crees que él no sabe que tú ya te das cuenta? Muy ciego tendría

que estarse para no saberse. Todos lo dicen, y dicen también que ese musiquillo es el que sirve de correveidile.

—Sí es el que más lo alienta. Pero como si nada. Ya sabes que yo solamente quiero a Alegria y que será inútil que nadie se oponga a ello. Ahora que...

Carola se detuvo sin atreverse a expresar su pensamiento. Sentía en aquellos días tal indignación contra Alegria, que hubiera hecho cualquier tontería si no fuera por el mucho amor que sentía por el mozo.

Isabel, al ver que se detenía, le preguntó:

—¿Qué ibas a decir?

—Nada, una tontería. No me hagas caso.

—Sin embargo...

—No, no es nada. Es que estoy muy nerviosa. Se acerca la fiesta y todas tendréis parejas, menos yo.

—Es verdad—murmuró Isabel—. Es una lástima que Alegria no se decida antes de que llegue ese día.

—Yo te aseguro—le dijo Carola sin poderse contener—que como para el día de la fiesta no se haya decidido, le doy mi palabra al primero que llegue, aunque luego me cueste la felicidad de toda mi vida.

Isabel la miró extrañada. No podía comprender ella que Carola fuese capaz de hacer aquello. Sabía

como ninguna de la huerta el amor que su amiga tenía por Alegría. Ella había sido su confidente. A ella había sido a la única a quien Carola le había abierto su corazón y la había dejado leer en el fondo de su alma. Recordaba cuántas veces su amiga le había hablado de Alegría y había visto en sus ojos la llama de un amor de los que jamás se extinguen. Y ante la amenaza de Carola le aconsejó cariñosamente:

—Ten cuidado, Carola, con lo que haces. Mira que éstas no son cosas de juego. Aquí ya sabes que las mozas, cuando dan una palabra, es muy difícil que se echen atrás. Mira que en ello te va la dicha de toda tu vida y piensa en lo que sería de ti si te vieras unida a un hombre a quien no quieras ni podrás querer nunca.

—¿Nunca, por qué? —preguntó desafiante Carola, como si fuese, en vez de Isabel, Alegría quien le hablase.

—Porque tú no podrás querer a nadie más que a Alegría. ¿Crees que es tan fácil arrancar del corazón un cariño como el vuestro? ¿Crees tú que Alegría se lo dejaría quitar por nadie?

—Tal vez sería mejor que lo hiciera —le dijo Carola—. Quién sabe si de esa forma acabaría ya de una vez de reventar.

—Pero lo expondrías a un peligro mayor. Alegría no es cobarde y sería capaz de matar al hombre que quisiera robarle tu cariño.

—¿Y con qué derecho? —preguntó Carola—. ¿Crees tú que tiene derecho a exigir un amor quien no supo nunca saber si era o no amado? ¿Qué ha hecho Alegría para que yo no pueda dar mi palabra a otro hombre? ¿Acaso me la ha pedido él nunca?

—Pero te ama. Sabe que tú le amas también. Está seguro de que tarde o temprano seréis el uno para el otro y eso es lo que le nublaría la razón y le haría hacer cualquier tontería, de la que luego no podría arrepentirse. Hazme caso, Carola; antes de hacer nada de eso piénsatelo bien y no juegues con el cariño y el corazón de un hombre honrado. Además piensa que si le das la palabra a otro hombre, a Juan Francisco, pongo por caso, ¿crees que él te la devolvería? Pondrías frente a frente a dos hombres que no habían cometido más delito que el de quererte.

—Tengo tiempo de sobras para pensarlo —le respondió Carola mientras que su amiga se dirigía hacia el interior de la casa para ver a su madre y darle el recado que traía para ella.

Aun no había terminado Carola

de tender la ropa cuando se acercó Juan Francisco, el hijo del rico hacendado, y aprovechó la ocasión para hablar con ella. De sobras sabía Carola que el hijo del diputado la cortejaba, pero en su corazón no había más que un amor: el que profesaba al tímido de Alegria.

Juan Francisco descendió del caballo que montaba y acercándose a la muchacha le preguntó:

—¿Es día de faena, Carola?

—Hay que secar la ropa—respondió ella, sin dejar de trabajar, para que él comprendiese que no le interesaba su conversación—. El sol es alegría y salud.

—Así estás tú de saludable y alegre—le volvió a decir él—. Tu cara es como una rosita de olor. Habría que preguntarte como la copla: «¿Con qué te lavas la cara?»

—Pues con agua clara nada más—respondió la moza—. Dios pone lo poquito que se ve. Poco será, pero natural.

Juan Francisco se acercó más a la muchacha y mirándola amorosamente le dijo de nuevo:

—Eso es lo que agrada. Yo también soy natural y digo siempre lo que siento. Tú eres merecedora de otra suerte... Aunque para eso tendrías que variar de opinión. Pensar más con la cabeza que con el corazón... Si tú quisieras...

Carola comprendía de sobras por dónde iba el mozo y quiso impedir que se le declarara, por lo cual le atajó diciéndole:

—Bueno, Juan Francisco; aquí no venga imponiendo condiciones.

Fué a responder Juan Francisco, pero afortunadamente para Carola se presentó en aquel instante Isabel y se acercó al grupo que formaban los dos jóvenes diciéndole a la moza:

—Aquí estoy a echarle una mano.

Juan Francisco, sin inmutarse por la llegada de Isabel, le dijo un requiebro y dirigiéndose a Carola le preguntó:

—¿Te has fijado cómo espiga el buen candelal?

Isabel le respondió frescamente encogiéndose de hombros:

—Bah! A ti te gustan todas.

—Eso pa que nadie se fie de él—exclamó Carola.

Juan Francisco se vió perdido entre las dos mujeres. Ninguna de ellas era de las que callaban, y para salir lo más airoso posible de la situación echó a broma la respuesta de ambas y se despidió de ellas diciéndoles:

—En fin, os dejo, que me apabulláis... De aquí a luego.

—Adiós, Juan Francisco—le dijeron las dos.

LA ALEGRIA DE LA HUERTA

Una vez que quedaron solas, Isabel le preguntó:

—¿Qué te decía ése?

—Lo de siempre—respondió la muchacha sin darle importancia.

—Pues mal asunto es el tuyo—le

dijo Isabel—. Mira que ése es un hombre que consigue todo lo que se propone.

—Pues me parece que esta vez falla—terminó diciéndole Carola, cada vez más segura del amor que sentía por Alegria.

UN NUEVO OFICIO DE HERIBERTO

HERIBERTO, además de ser el director de aquella murga, a la que él le daba pomposamente el nombre de banda, tenía otro oficio, y era el de servir de mediador en todos los líos de Juan Francisco. Gracias a ello, el músico conseguía del diputado muchas cosas que por sus méritos propios jamás habría logrado.

A verlo se fué Juan Francisco, después de su conversación con Carola y lo encontró ensayando con la banda. Se lo llevó aparte y le dijo amistosamente, para halagarlo:

—Si como usted convence con la música, pudiera yo convencer a Carola...

—No hay que desesperar, amigo—le dijo intencionadamente el

músico—. Constancia y a seguir estudiando sobre el pentagrama de su temperamento... ¿Le ha dicho algo?

—Se lo he insinuado muchas veces.

—¿Y qué?

—¿Qué sé yo? La moza parece que se deja querer, pero no la veo muy decidida.

—Será preciso hacerla comprender la ocasión que pasa por delante de sus ojos.

—Heriberto, yo quiero que usted me haga un favor.

—Los que usted quiera—se ofreció solícitamente el músico.

—Le agradecería mucho que usted me ayudara.

Heriberto quedó unos segundos como si pensase la respuesta y al fin ésta fué afirmativa, diciéndole:

—Yo procuraré echarle una mano.

Y en efecto, apenas se despidió de Juan Francisco, Heriberto se fué en busca de Carola. La encontró en el mismo sitio que la había dejado el hijo del diputado, y el músico, haciéndose el sorprendido por el encuentro, exclamó:

—¡Jesús, quién está aquí! ¡Lo mejor de la huerta!

Carola sonrió a la galantería del músico y le respondió:

—Usted ponderando siempre.

—No pondero, Carola — insistió Heriberto —. ¿Cómo, si no, hubieras podido prender en las redes del amor a Juan Francisco, el mejor mozo del pueblo?

Ahora fué Isabel la que intervino en la conversación y encarándose con el director de la banda le respondió:

—Usted siempre haciéndole el segundo... y con su cuenta y razón.

Heriberto no quiso discutir con ella. Sabía que le tocaría las de perder porfiando con aquella muza y respondió con sinceridad:

—Porque todo lo espero de Juan Francisco... Por eso le he dedicado el pasodoble que he compuesto para la procesión... Fíjate. La dedicatoria dice así: «A Juan Francisco, como testimonio de la profunda amistad y subterránea admiración

que hacia él siente su a. a. que le b. b. su p. p.» Organista y maestro compositor. ¿Qué os parece?

—Muy bonito. Parece más una instancia que una dedicatoria — respondió Isabel.

—Esta mocica siempre tiene ganas de bromas. Conque ya lo sabes, Carola. Piénsalo bien que la fortuna tan solamente una vez suele llamar a la puerta de nuestra casa vida. Es un muchacho rico y bien plantao y está tan enamorado de ti que no sabe hacer otra cosa que pensar en ti.

Carola sonrió. Después de todo era mujer y no hay mujer a quien no le agrade el saber que hay un hombre que suspira por ella. Mas así y todo respondió modestamente:

—No será tanto.

—Te digo la verdad y nada más que la verdad. Fíjate: el otro día estábamos hablando de ti y tomando unos helados con barquillo, y cómo estaría de entusiasmo que estaba mojando un dedo creyendo que era un barquillo, y hasta se lo mordió. Si hasta cuando está solo...

No pudo terminar porque Troncho apareció de pronto diciéndole a la vez que le mostraba un papel de música:

—Maestro, aquí hay unas notas que no suenan...

—¡Caramba! — exclamó el músico acordándose entonces de la ban-

da— Me había olvidado de vosotros subyugado por estas dos bellezas huertanas. Con permiso, reinas. Vámonos, Troncho.

Y alejándose con el murguista se fué diciéndole:

—¿Qué me decías de las notas?
¿Qué notas en las notas?

Cuando más tarde se encontró Heriberto con Juan Francisco le aconsejó lo que debía hacer diciéndole:

—Yo creo que a Carola le falta poco... ¿Por qué no se decide a hablarle a sus padres?

—¿Usted cree?

—Yo creo que es lo mejor. Sus padres le abrirán los ojos y le harán comprender que no se puede despreciar la fortuna cuando ésta llama tan voluntariosamente a la puerta. Haga lo que le digo y tendrá la mitad del camino andado... Si es que está tan enamorado de ella.

—Lo haré así—terminó diciéndole Juan Francisco—. Por esa moza soy capaz de todo.

Y en efecto, al día siguiente, Juan Francisco se presentó en la humilde casa de Carola. Aprovechó la ocasión de que ésta estaba fuera para decirles a los padres de la joven cuáles eran sus sentimientos hacia la muchacha.

Los pobres viejos se quedaron viendo visiones. Jamás hubieran po-

dido ellos soñar para su Carola un partido como aquél. ¿Cómo podrían negarse a consentir aquellos amores? El pobre viejo, con medias palabras, turbadas por la emoción que le había producido la petición de Juan Francisco, sólo supo responder:

—Ya ve usted, ¿qué más queríamos nosotros para la zagala?

—Nuestro único deseo es que diera con un hombre que la mirara. Que bien lo vale el ama mía.

—Pues en ella está. Yo hago cuanto está de mi parte... Hasta más ver y quiera Dios que sepan convencerla.

Los dos viejos salieron hasta la misma puerta para despedirlo y cuando quedaron solos, el padre exclamó alegremente:

—Este mozo nos convendría para nuestra hija.

—Y que lo digas, Golás—respondió su mujer—. Sería una suerte para todos.

Juan Francisco, a medida que se alejaba de la casa, iba pensando que el asunto se le presentaba más fácil aún de lo que él creía. No había oposición por parte de los padres y ellos mismos serían los mejores abogados que tendría para su causa. Tan ensimismado iba en sus pensamientos que no se dio cuenta de la presencia de Heriberto, hasta que éste le llamó la atención diciéndole:

—Adiós, Juan Francisco.

—Con Dios, organista y la compañía.

Heriberto dejó la banda y se acercó a él diciéndole:

—He hablado con Carola y la he dado unos pases preparándole el terreno al señor matador.

—Pues sigue por ese camino, que te agradeceré la faena—le respondió Juan Francisco, que iba decidido a hablar seriamente con Carola.

Para ello se dirigió al campo donde sabía estaba la muchacha trabajando, y cuando dió con el grupo donde estaba ella, se le acercó y le dijo amorosamente:

—Esas lindas manitas no se han hecho para estos trabajos tan rudos, Carola.

—No seas guasón—exclamó ella riendo—. En la huerta hay que trabajar. Aquí, el que no trabaja, no come.

—Pero es que a mi lado no tendrías que hacer tales cosas... Pero tú no te fijas en mí... No quieres fijarte. Decídetes, Carola. Una sola palabra tuya puede hacer nuestra felicidad.

Carola se le quedó mirando seriamente y le respondió, con el fin de que la dejase en paz:

—Juan Francisco, me parece que esta sofocina del sol te hace daño y desvarías.

—Serán en todo caso tus ojos, que inflaman más que el sol y trastorna esa cara, que es la alegría de mi alma, como lo es de la huerta.

—Hay de otras «alegrías» que van dentro del corazón y nadie las ve—le respondió la moza intencionadamente.

—Si esa «alegría» es la que a mí me está matando, Carola. ¿Pero es que no piensas lo que puede ser tu vida al lado mío?

—Por lo mismo que lo pienso no me decido—respondió Carola.

—Yo siempre querré lo que tú quieras—terminó diciéndole Juan Francisco—. Adiós, Carola, y que se quede contigo, por lo menos, el recuerdo de mis palabras.

—Descuida, Juan Francisco—le dijo ella tendiéndole la mano—. No las olvidaré.

Se marchó nuevamente Juan Francisco y mientras él iba soñando con aquella felicidad que tan difícil se le había hecho desde el primer instante, Troncho, que había advertido el teje y maneje que se traía Heriberto y Juan Francisco, le aconsejaba a Alegría:

—Tú siempre has sido un buen amigo mío y te lo digo por tu bien. Declárate cuanto antes a Carola, si crees que te corresponde.

—Pero si no puedo—protestó desesperado Alegría—. Si cuando le

—Voy a decir que la quiero se me pone un nudo aquí en la garganta...

—Pues lo deshaces y se lo dices.

—¿Qué más quisiera yo!—suspiró con tristeza Alegria.

—Pues tú verás lo que haces... No te digo nada más y me voy, que me están esperando para ensayar...

En la puerta de uno de los vertoreros del pueblo, se encontraba Alegria meditando sobre el consejo que acababa de darle su amigo, cuando se le acercó el tío Piporro y le preguntó:

—¿Ande vas, Alegria?

—A la huerta del tío Colás. ¿Me acompaña usted?

—No—respondió el tío Piporro—; voy pa allá abajo, pa el sembrao.

—Pero un vasico de vino...

—Hombre—se apresuró a decir el tío Piporro—, eso no se desprecia nunca.

Al mismo tiempo que entraban, el tío Piporro le preguntó:

—¿Sigues tan emperreo con esa mocica?... No lo hagas caso, ya te dije que son toas iguales.

—Pero ¿por qué les tiene usted tanta rabia?—le preguntó Alegria.

El tío Piporro le explicó:

—Sí no les tengo rabia. Es que no las quiero. Cuando yo era un zagalico como tú, quise a una mocica; era viva en el mirar y me quería

mucho... Aquella sí que me quería.

—¿Y por qué la dejó usted?—preguntó extrañado.

—Porque se fué con otro... Las hembras son toas iguales.

—Toas no, tío Piporro—protestó Alegria—. Ahí tie usted a Carola... Es buena, trabajadora... y yo cren que me quiere mucho...

El tío Piporro movió la cabeza dudando de la creencia de Alegria y le respondió:

—Gueno..., gueno... Quiera la Fuersantica que alguna vez no tengas que unirte a mí para acompañarme al sembrao, al peazo de tierra... Era sí que quiere... Cincuenta años llevo castigándola, hiriéndola, y cincuenta años que responde al castigo dándome más frutos... Te digo que es la mejor mujer y la más barata. Con agua que le des nada más, la tienes contenta.

Alegria no podía compartir el mismo criterio del tío Piporro. Su amor por Carola no lo dejaba ver ningún defecto a ninguna mujer. Era verdad que la tierra daba sus frutos, pero ¿acaso el amor santo a una mujer no los producía también? Y pensando en ello le respondió:

—Tío Piporro, yo no puedo pensar como usted.

—Porque estás atontao por ella.

—Claro que sí—declaró Alegria—. ¿Cómo no quiere usted que

la quiera, si es tan güena, tan guapetona y con unos colores tan frescos...

—Por eso precisamente—le atajó el viejo—. Nunca he tenido yo más cuidado de la hacienda, que cuando está lozana y hermosa; porque entonces, créeme, entonces es cuando te la quitan.

Alegria sintió en su corazón el dardo de los celos y exclamó, casi amenazando:

—¿Que me la quitan? ¿Y quién? No hay en el partido mozo capaz de ello... Además, tan hermosa estaba el año pasao y el otro... y sin embargo... Quitármela... Vamos, tío Piporro, usted ha bebido hoy de más... Me está usted diciendo unas cosas.

—Calma, muchacho—le dijo el viejo huertano—. Todas esas cosas son hijas de mi experiencia con las mocicas... En fin. Con Dios te quedas.

—Con El vaya usted—respondió Alegria, dejándole marchar y pensando en todas aquellas cosas que le acababa de decir.

Mientras tanto, Heriberto seguía trabajando afanosamente en el ensayo de aquel pasodoble que tanto nombre había de darle, y a pocos metros del ventorro tenía reunida a su banda y le decía gritando al que tocaba la caja, para que pudiera oír-

lo, ya que su sordera era enorme:

—Tú, mira, con objeto de que no te equivoques no ataques hasta que yo te señale con la batuta... ¿Has entendido?

—Sí, hasta que usted me señale. Güeno, güeno... Descuide usted.

Heriberto siguió diciéndoles al resto de la banda,

—Si ustedes no ponen algo de su parte, vamos a ser los únicos que desluzcan la función... ¡Llevamos ya cinco días de ensayos! Tú, por tus equivocaciones; ése, por confundir las notas; éste (y señaló al caja, que empezó a tocar, hasta que Heriberto lo detuvo diciéndole: ¡No, hombre, no... ¡Maldita sordera!

—¿Es que me ha retrasao?—preguntó el sordo.

—¡Es que eres un bruto!—le dijo Heriberto.

El caja, que ni siquiera se dio cuenta de lo que decía, prestó conformidad diciéndole:

—Güeno, güeno... Como usted diga.

Por fin consiguió, tras no pocos esfuerzos, que atendiesen sus indicaciones e iniciaron un pasodoble lo más desafinado que puede concebirse. Al terminar la pieza, Heriberto les dio nuevas órdenes diciéndoles:

—Bien; ha salido regular, nada más que regular. Ahora tengo que

advertiros algo referente al cobro y a los cortes.

—¿Qué dice?—preguntó el caja.

—Está hablando del cobro—le respondió otro compañero.

—¡Ah, bien, bien! Eso me gusta.

—Al salir del Ayuntamiento, como vamos en las filas, hay que llevar los sombreros quitados, y si llueve tocamos el pasodoble atacando en el fa, y al pasar por la iglesia nos vamos al sol.

—¿Entonces nos pondremos los sombreros?—preguntó Troncho.

Heriberto, sin hacer caso a la pregunta, siguió diciéndoles:

—Si no lloviera, entonces atacamos el paso lento y desde el motivo que hace «tan, tan, tarán», saltamos al tres por cuatro.

El flauta, que el pobre era cojo, le preguntó casi asustado:

—Oiga usted: ¿yo también salto?

—No, tú no saltas—le respondió Heriberto—. Porque si saltas, te matas.

—¿Qué dice?—preguntó el caja a Troncho.

—Hablan de otro salto.

—Pero ¿es que va a ver titeres?

—Silencio—ordenó Heriberto—.

Tomen nota de estas advertencias y basta por hoy. Hasta mañana, señores.

Se deshizo el grupo que formaba la pequeña banda y cuando ya cada

uno se iba para su casa, Alegria cruzó la plaza y se fué en busca de Carola, seguro de encontrarla en la huerta de su padre.

En efecto, allí estaba acompañada de Isabel. El muchacho, al verse frente a la mujer que tanto amaba, se sintió poseído por la misma cordedad de siempre y para disimular se dirigió a Isabel diciéndole:

—Hola, mocica.

—Dios te guarde, hombre—le respondió aquélla—. ¿No has reparado que está aquí Carola?

—Como hago poco viso...—exclamó Carola bromeando.

—No digas eso, porque es lo primero que he visto al llegar—se apresuró a responderle Alegria—. Precisamente por el camino iba pensando dónde os encontraría.

—Pues ya ves que no has tenido que buscarnos mucho.

—Cuando menos te lo esperabas, ¿zas!

—Además—siguió diciendo Alegria—, como yo me lo esperaba no me trajo susto alguno.

—Es que nosotras no somos para asustar. ¿Verdad, Isabelica?

—Mujer, eso lo ha de decir él.

Pero Alegria no sabía qué decir cuando estaba junto a Carola, y las muchachas, que habían terminado ya las faenas, se despidieron diciéndole Isabel:

—Adiós, Alegría; y no seas tan bobo, hombre.

Alegría las vió marchar, quedándose con la rabia de siempre al ver su impotencia para poder vencer aquella su eterna timidez.

Camino del pueblo se encontraron con Heriberto, quien inmediatamente se acercó a Carola diciéndole:

—Ya sabe Juan Francisco lo que se hace.

Carola, molesta por la intromisión de aquel hombre en un asunto que no le importaba, le respondió:

—Querrá usted decir «lo que no hace», porque del dicho al hecho...

—Tú tienes buenas entendederas —siguió diciéndole el director de la banda—. En amor como en la buena música, hay que entender para apreciar.

—Pues nada hay que entender si no se ha dicho—le repuso Carola.

—Pues te aconsejo que observes el ritmo de tu corazón a ver lo que te dice.

—Es que si me pongo a escucharle me parece que no salta hacia Juan Francisco.

—Porque tu corazón es un jilguero.

—Y el de usted, el de un pájaro de cuentas—le dijo Isabel.

CUANDO EL CORAZON CANTA...

Al día siguiente, Alegría se hallaba labrando en su huerta y desde ella vió que Carola estaba lavando en el riachuelo que había tras el vallado. Deseoso de decirle su amor de alguna forma, entonó una canción que decía:

*Corre, mulilla torda,
campanillera,
por el atajo
que al cielo va.*

*Anda, mulilla torda,
corre ligera,
que en ese cielo
mi vida está.*

Carola oyó la canción y, segura de que iba dedicada a ella, respondió con otra que decía:

*Cuando escucho su voz a lo le-
[ja
no sé qué me pasa muy dentro de
[mí,
me parece que el alma me arran-
[ca
y se va corriendo mi vida hacia ti.*

Alegría respondió:

Sé que me olvidarás.

Respondió Carola:

Nunca te olvidaré.

Alegría repitió:

Sólo seré de ti.

Continuó Carola:

Sólo de ti seré.

¡Ay, si Dios quisiera!

LA ALEGRÍA DE LA HUERTA



—No, no es nada. Es que estoy muy nerviosa. Se acerca la fiesta y todas tendremos pareja menos yo.

—Alguna buena habrá, tu Piparro.



— Tú eres merecedora
de otra suerte. Si tú quisieras...



— Hay que secar la ropa.
El sol es alegría y salud.

LA ALEGRÍA DE LA HUERTA



—Pues mal asunto es el tuyo, Mima que ese es un hombre que consigue todo lo que se propone.

—...¿Con que te lavas la cara?

—Pues con agua clara nada más.



—¿De modo que dejas
a Alegria?



—Esas lindas mantas que
se han hecho para esos tra-
bajos tan rudos, Casula.

LA ALEGRÍA DE LA HUERTA



...se arrojó en brazos de
él exclamando desesperada:
- ¡Tío Piporrol!

Entró en su casa deses-
perada, convencida de que
aquel hombre jamás se atre-
vería a decirle nada...



...vestidas con el traje típico de murciélagos...



—yo que sé el ahogo que siente por Carola, no puedo consentir que se la lleve otro hombre, vamos...

LA ALEGRIA DE LA HUERTA



Alegria la estrechó entre sus brazos mientras que el tío Piporro se decía a sí mismo:

-Si esta sale buena, es la primera vez que me equivoco.

-Y ahora, después de haber perdido el tiempo, quieres perderlo del todo marchándote del pueblo.



—No le pides nada a la Fuemantica en este momento?

—Sí, que nos bendiga y nos de una felicidad tan grande como el niño que te tengo.



—Me voy con mi mala ventura a otra parte... La dejo, pero yo no puedo seguir aquí.

*calmar mi dolor,
y, aunque me mintiera,
me hablase de amor.
¡Ay de mí,
si fuera así!...*
*Pajaritos que cruzais
la huerta siempre cantando,
decirle a aquel que me olvide
y al otro que estoy pensando.*

Alegria volvió a cantar:

*—Mire usted, madre, si es grande
el cariño que la tengo,
que la encuentro y no la miro,
y voy a hablarla y no pueda.*

Carola, irritada por aquella timidez, volvió a cantar:

*Mal haya el murciano
que no comprende,
que su desvío
me va a matar.
Mal haya mi cariño,
que con tal fuego
en ese hombre
me fui a fijar...*

Dió fin a aquellas canciones la aparición de Troncho, que se acercó a Alegria preguntándole:

—Hola, mocico.

—Hola, Troncho—respondió Alegria, dejando parar a las mulas.

—¿Qué? ¿Ya has hablado con Carola?—le preguntó Troncho.

—Entavía no ha habido ocasión—respondió Alegria, sin querer decirle su timidez.

—¿No ha habido o es que no te has atrevio?—le preguntó Troncho intencionadamente.

—De to hay un poquito—declaró Alegria.

—Escúchame, mocico—insistió Troncho—. Acuérdate de lo que te dije el otro día. Declárate cuanto antes porque a lo mejor te llevas un disgusto.

Alegria palideció al oír a su amigo. Una angustia mortal atenazó su corazón y le preguntó:

—¿Es que sabes algo?

Troncho no quiso decirle todo lo que sabía. No quiso decirle que Juan Francisco y Heriberto andaban detrás de la muchacha y que si él no acudía pronto, los padres de ella llegarían a convencerla para que aceptase al hijo del ricacho. Queriendo suavizar su pensamiento, pero al mismo tiempo influir en el ánimo de su amigo para que se decidiese de una vez, volvió a decirle:

—Yo no sé na... Pero ¿quién te dice que ella no se cansa de esperar y pueda aceptar a otro?

—Tienes razón—suspiró tristemente Alegria—. Mira, mañana mismo le digo mi querer. La espe-

raré al venir de la fuente y te juro que se lo digo. No paso de mañana.

—Así me gusta verte—exclamó Troncho dándole un amistoso manotazo en la espalda—. Tienes que ser decidío.

—Ya verás como lo seré.

Y dispuesto a no dejar el día siguiente sin decirle todo lo que la amaba, Alegría se puso a trabajar con más ahínco todavía, como si de las entrañas de la tierra quisiera sacar aquel valor que a él tanto le faltaba.

TANTO VA EL CANTARO A LA FUENTE...

TANTO va el cántaro a la fuente, que al fin se rompo, dice un refrán español, y tantos eran los consejos de los padres de Carola, que ésta sentía que poco a poco se iba debilitando su oposición. Por otro lado, Alegría no se decidía nunca a hablarle de amor y la moza pensaba que tarde o temprano tendría que decidirse por alguno, ya que el hombre a quien amaba no se decidía nunca por ella.

Después de la conversación que Juan Francisco tuvo con los padres de la muchacha, el tío Colás esperó la mejor ocasión para decirle a su hija:

—El deber de un padre, hija mía, es mirar por la feliciá de su hija.

—Ya te supondrás lo que nosotros queremos para tí—insistió su madre.

La muchacha se revolvió todavía diciendo:

—Es que yo creí que para esto de enamorarse no se necesitaba de consejo. Creí que el amor nacía solo en el corazón, sin necesidad de que nadie le dijera: «Tienes que querer a éste porque te conviene más que aquél».

—Es que si nosotros te aconsejamos es por el saber que nos da la experiencia—le dijo su padre—. Un mozo como Juan Francisco no se presenta todos los días... Piénsatelo bien y no seas niña. ¿Quién puede ofrecerte una vida como la que él

te ofréce? Además, Juan Francisco no es un hombre que pueda desprenderse. Es joven, guapo, rico, y además te quiere con locura.

—Tengo miedo de separarme de ustedes—suplicó Carola sin fuerzas para seguirse negando.

—Para mejorar, cualquiera deja su casa—le aconsejó el tío Colás.

—Además—dijo su madre—, ¿quién habla de separarse? Lo principal es que haga abundancia, que lo demás, por sus pasos viene... ¿Qué le decimos?

Carola no quiso dar ni una afirmación categórica ni una negativa rotunda y respondió:

—Ya veré lo que hago.

—Es que es cosa de decidirse pronto. Yo he de contestar a ese mozo.

—Lo comprendo, pero no sé qué hacer.

Al día siguiente se hallaban las mozas en la fuente de la plaza del pueblo llenando sus típicos cántaros de agua, cuando el alguacil apareció para pregonar los festejos que se celebrarían al día siguiente, con motivo de la fiesta de la Virgen de la Fuensanta.

Cuando terminó el pregón, una de las mozas que se hallaban en la fuente, le dijo a Carola:

—¿Sabes lo que se nos ha ocurrido? Pues que en la fiesta de mañana nos vistamos todas las del contorno con nuestros trajes de murcianas y haciendo una buena recolección de flores, las vayamos a echar a los pies de la Virgen, cuando pase en procesión.

—No está mal pensao—exclamó alegremente Carola—. Contar conmigo para eso.

—Ya sabemos que aceptarías.

Otra de las mozas le preguntó:

—Oye: ¿irás por la mañana a bailar a la plaza?

—No, a bailar no iré—respondió con pena Carola—. No tengo pareja.

—¿Pues y Alegría?—preguntó extrañada.

—No es mi pareja todavía—replicó Carola—, y si Dios no hace un milagro, me parece que hay para rato para que lo sea... Y hasta mañana, mocicas. Yo haré que Isabel venga también.

—Adiós, hasta mañana—le dijeron sus amigas—; ya iremos a buscarte.

Antes de llegar a su casa, Carola se encontró con Alegría. Este, al verla, corrió a su encuentro y le dijo:

—¡Cuánto has tardado hoy!

LA ALEGRIA DE LA HUERTA

—¿Estabas esperando?—preguntó la muchacha.

—Me figuraba que vendrías.

—¿Y me esperabas para decirme algo?—preguntó ella, queriéndole animar.

Alegria se quedó unos segundos en silencio, hasta que, por fin, exclamó:

—Pues bien, sí.

—Tú no sabes las ganas que tengo de que hables por fin—siguió animándole la muchacha.

—¿Es que tengo tantas cosas que decirte?

A Carola no le interesaba que le dijera más que una, y por lo mismo le dijo:

—Pues dila, hombre.

—Es que, verás, las cosas hay que empezarlas por el principio.

—Así es, Alegria. Venga de ahí.

—Pues...

Otra vez sentía la misma corteidad al estar frente a ella. Toda aquella decisión que llevaba antes de encontrarse junto a Carola, empezaba a debilitarse como siempre, y otra vez sentía que se le quedaban las palabras en el cuerpo sin poder expresar todo lo que quería decirle.

—Habla, hombre—le dijo ella al ver que se detenía.

—Me cuesta mucho trabajo decirte lo, pero como alguna vez tiene que ser... Si no fuera por este nudo que se me forma en el pecho, por esta angustia que me da... Y es que tantos años hemos corrido juntos por la huerta...

—Es verdad—respondió de mal humor Carola, viendo que tampoco en aquella ocasión se atrevía—. Hace muchos años que corremos juntos por la huerta y durante todos esos años, como ahora, nunca me has dicho nada.

—¿Me dejas que te lleve el cántaro?

Carola suspiró con tristeza. Estaba visto que jamás conseguiría que aquel hombre hablase, y respondió:

—Sí, lo mismo que tantas veces. Pero, Alegria, piensa que ya es la hora de hablar, y habla ya, si es que tienes algo que decirme.

—Sí, Carola, tengo que decirte muchas cosas, muchas cosas que las tengo aglomeradas aquí en la garganta, pero que ninguna de ellas me sale.

Habían llegado a la puerta de la casa de la muchacha, y ésta, recordándole el cántaro, le dijo:

—Ya hemos llegado, Alegria.

El, haciendo esfuerzos inauditos para declararle su amor, la detuvo diciéndole:

—Espera un momento, Carola. Yo..., no sé cómo decirte..., pero sí quiero que te esperes.

—Tanto he aguardado ya: que no importa unos minutos más.

—Es que no lo has adivinado... Yo, ante ti, no sé pronunciar, pero tengo que decirte algo que no puedo ni sé decirte.

Carola, agotada ya su paciencia, se le quedó mirando airadamente y le respondió al mismo tiempo que se marchaba:

—Pues cuando lo pienses bien, ya me lo dirás. Tiempo para ello ya te lo tomas.

Entró en su casa desesperada. Convencida de que aquel hombre jamás se atrevería a decirle nada, por mucho que ella le diera pie para ello. La prueba la tenía con lo que acababa de ocurrirle. Ella misma le había facilitado la ocasión para que hablase, casi le había dicho que le amaba, y, sin embargo, él seguía con la misma timidez de siempre. Pensó que aquello había de acabarlo de alguna forma, y en esta actitud y en este estado de ánimo, su padre le dijo, al verla entrar:

—A ti te esperábamos, hija.

Quedó sorprendida al ver allí a Juan Francisco, que la saludó diciéndole:

—Buenos días, Carola.

—Buenos días, Juan Francisco —respondió ella.

Su padre la atrajo hacia él y comenzó diciéndole:

—Carola, hija mía, tengo que decirte algo que te interesa y que nos interesa a todos. Juan Francisco me ha pedido tu mano. No quiero que pese nuestra opinión en la balanza de tu corazón. Eres tú quien ha de elegir. Quiero que seas libre para ello.

Juan Francisco intervino también para convencerla diciéndole:

—Carola, tu padre tiene razón. Por mi parte he de repetirte que te quiero más que a mi vida... ¿Qué me contestas?

En la actitud de Carola había algo extraño. Cualquiera que hubiera podido leer en su pensamiento se habría dado cuenta de que en aquel instante pensaba en Alegría, en la actitud de éste, en su silencio, y molestada por ello, respondió con decisión:

—Que sí, Juan Francisco; acepto tu ofrecimiento.

Juan Francisco se apoderó de las manos de la muchacha y apretándolas amorosamente exclamó emocionado:

—Gracias, Carola.

Y mientras de aquella forma Ale-

gria perdía a la mujer que tanto amaba, el muchacho buscaba ánimos en el amor que tenía a la Virgen y puesto de rodillas ante ella le decía, como haciéndola partícipe de

aquella angustia que le atormentaba:

—¡La quiero! ¿Sabes? ¡La quiero!
¿Por qué no sabré decírselo a ella?
Ayúdame, Virgencita, a decírselo, lo mismo que te lo confieso a ti.

LA NOTICIA

CORRÍO la noticia por todo el pueblo como reguero de pólvora. Fue el mismo Juan Francisco quien se cuidó de darla a conocer. Era tal su alegría que quería que todo el mundo fuese partícipe de ella. Y tan rápida corrió la noticia de aquellas relaciones formalizadas ya, que Isabelica, al enterarse, y sin poder dar crédito a lo que había oído, se fué en busca de Carola para preguntarle:

—¿Es verdad lo que me han dicho?

—¿Qué te han dicho?—preguntó a su vez Carola, presintiendo lo que iba a decirle su amiga.

—Me han dicho que te has prometido a Juan Francisco. ¿Es verdad?

—Verdad es — respondió secamente Carola.

—Pero eso es una mala acción— le dijo Isabel—. Tú a quien quieres es Alegria.

—¡Calla! — exclamó enérgicamente Carola, haciendo esfuerzos para no llorar—. No quiero ni que me lo nombres.

—¿Por qué?—preguntó extrañada Isabel.

—Porque él tiene la culpa... ¡Su cortedad!... No podía aguantar más su silencio.

—Pero, Carola... — le reprochó cariñosamente Isabel.

—Sí, sé lo que vas a decirme... Todo eso me lo he dicho yo ya— exclamó Carola—. ¡Malhaya sea mi suerte, que me obliga a rendir así mi voluntad al que no quiero! ¡Mal-

LA ALEGRIA DE LA HUERTA

haya sea la tarde aquella en que cegaron mis ojos y no vi más luz que la de los suyos...!

No pudo contenerse más y se echó a llorar en brazos de Isabel, que la estrechó cariñosamente, dándose cuenta de la pena de su pobre amiga.

Al día siguiente se hallaba la plaza del pueblo abarrotada de gente. Los jóvenes bailaban alegremente, mientras que, lejos de allí, sentados a la puerta de la taberna, se hallaban Juan Francisco y Heriberto. Este último, que ya estaba enterado del resultado de las relaciones de su amigo con Carola, brindó por aquel acontecimiento, diciéndole:

—Brindó a la salud de la alegría de la huerta, de la flor más hermosa de los jardines de Murcia.

Juan Francisco aceptó el brindis, respondiendo:

—Se te agradece la fineza, como se te agradecen los buenos servicios que me has prestado, y que tendrán su recompensa.

Heriberto, orgulloso de aquel agradecimiento que sin duda le traería alguna buena recompensa, respondió vanidosamente:

—Es que yo sé cómo hay que tratar a las mujeres. La mujer es como la música, que tiene un tiempo marcado, y el hombre hace las veces de director de orquesta. Por ejemplo,

te diriges a una buena moza, pues lo primero que tienes que hacer, es buscarle la clave y prepararte a marcar el tiempo. ¿Que ves que admite alguna vara, pero que se siente recelosa?, «alegro maestros»: ¿que se insinúa y te sonríe, «alegro viva-che»? ¿que se deja coger la mano y escucha las frases dulces con cariño?, tiempo de habanera, marcadísimo.

—¿Y si no hace caso?—pregunta Juan Francisco.

—Pues... pues entonces, tiempo perdido.

Los dos amigos se echaron a reír por la salida que había tenido el maestro de la banda, y mientras que ellos celebraban de aquella forma las relaciones con Carola, llegó Troncho, el amigo íntimo de Alegría, que no podía dar crédito a lo que le habían dicho hasta que lo supiese por el mismo interesado. Se dirigió a Juan Francisco y le preguntó:

—¿Es verdad eso de que es usted novio de Carola?

—Y que nos vamos a casar en seguida — respondió Juan Francisco — Bebe a nuestra salud.

Claro está que Troncho no despreció la invitación, pero al dejar el vaso sobre la mesa y alejarse, le dió un fuerte pisotón en el pie a Heriberto, a quien él suponía cóm-

plica de todo aquello, y el músico dió un salto como si le hubieran echado encima del pie una tonelada de hierro.

Echando chispas, se marchó de allí Troncho. Pensaba en la mala jugada que le habían hecho a su amigo y se sentó en la cuneta de la carretera, cerca de la huerta del tío Piporro. Meditando, meditando, iba echando tragos de la bota, hasta que lo encontró el tío Piporro, quien le había estado observando. Intentó quitarle la bota para que no bebiese más, y le dijo:

—Troncho, suelta la bota, que no te conviene beber más.

—Eso ya lo sé yo—respondió Troncho—; pero lo que es hoy me emborracho, tío Piporro, y en cuanto que me emborrache, busco a Carola y le canto su mala acción, y le digo que lo que ha hecho con Alegría es una mala pasá... y como la coja... como la coja, tío Piporro...

—Que me parece que si que la coges, como sigas bebiendo...

—Como la coja, no va a querer oírme.

—Oye, Troncho—le dijo intentando convencerlo—. Dame la bota y escucha.

Troncho consistió en entregarle la bota y al mismo tiempo le dijo:

—Mire, tío Piporro, yo quiero a Alegría a cegar; yo, que sé el aho-

go que siente por Carola, no puedo consentir que se la lleve otro hombre, vamos...

—Es que si ella quiere...—murmuró el tío Piporro.

—No lo crea usted—exclamó Troncho—. La hacienda del otro y los consejos del director de la banda (que así le den unas calenturas y no haya más médico que yo). Por lo pronto, voy a ir a su huerta a ver si la veo, y como la encuentre le voy a dar la procesión.

El tío Piporro, que como viejo sabía contener mejor su indignación, no quiso interponerse a aquel deseo, y solamente le aconsejó:

—Cúeno, haz lo que quieras, pero con prudencia.

—Descuide usted, tío Piporro.

Y se alejó hacia la huerta de Carola, donde esperaba encontrar a la moza.

En efecto, allí se encontraba Carola con Isabel, quien le preguntaba:

—Dime la verdad, Carola: ¿Tú quieres a Alegría?

—¡Que si le quiero!—suspiró con tristeza Carola—. Antes de dar mi palabra a Juan Francisco lo he pensado mucho... Sentía anhelos por él, pero ni una vez rondó mi reja, ni una vez me pidió un lazo para su guitarra... ¡Está bien hecho lo que

he hecho!—terminó diciendo con rabia.

Troncho la vió en aquel instante y le gritó desde lejos, viendo que las mozas se alejaban:

—¡Eh, Carola!... Espera un momento.

—¿Qué querrá Troncho?—se preguntó extrañada la muchacha.

Y cuando llegó adonde estaba ella le preguntó:

—¿Qué quieres, Troncho?

—Todo lo Troncho que tú quieras—respondió él—; pero oye: quiero que me digas si es verdad que te cases con Juan Francisco.

—Es verdad.

—¿De modo que dejas a Alegría?

—¿Alegría?... ¿Dejar yo a Alegría? Y ¿de qué tengo que dejarle?... Alegría ha sido para mí un compañero; casi un hermano, pero Alegría nunca me ha dicho nada.

—Y ¿qué tiene que ver eso? Que el muchacho se come por dentro y no se atreve a decírtelo, porque es más corto que un cigarro de real... pero que te quiere con toda su alma, eso lo sé yo... y tú también le quieres, no lo niegues. Ahora, que ya te he dicho que él es así... ¿Y qué más satisfacción para ti que obligarle que venga y te diga: «Aquí está el amor, míralo, Carola, es todo

para tí». «¿Lo quieres?» Vamos, Carola, mira que no sabes lo que haces.

—Troncho—le suplicó ella—, no me martirices más. He dado mi palabra a Juan Francisco y no puedo volverme atrás.

—Y todo ha sido por culpa de ese músico que he influido en ti, Carola; porque la verdad es que tú no quieres a Juan Francisco. Y tú, ¿verdad que no te casarás con Juan Francisco?

—Troncho, por Dios—siguió suplicándole ella—; te pido que no me mortifiques más.

—Está bien—acabó diciéndole Troncho, en vista de que la moza no accedía a lo que pedía—. Pero he de decirte una cosa. Ni tú tienes sangre murciana, ni tú quieres a nadie.

Carola le dejó marchar y se fué en busca de Isabel. Las dos comenzaron el camino que las llevaba a su casa, hasta que Carola se dejó caer sobre una piedra del camino, y le dijo a su compañera:

—Adelántate tú, yo quiero ponerme un poco; no quiero que madre me vea así.

—Está bien—respondió Isabel, marchando hacia la casa de Carola.

Cuando más ensimismada estaba con sus tristes pensamientos, la voz

de Juan Francisco la volvió a la realidad. Volvió la cabeza y al verlo junto a él le dijo, saludándole fríamente:

—Juan Francisco.

—¿Qué te pasa?—le preguntó el mozo, advirtiendo en sus ojos señales de haber llorado.

—Nada—respondió secamente.

—Vamos, Carola, alégrate; esta tarde sube conmigo a la ermita, y dentro de poco, heredad, haciendas y todo lo que yo tengo será tuyo también.

Carola, sin poder contener la angustia que la poseía en aquellos instantes le respondió:

—Es que tengo pena, Juan Francisco... es que...

Calló, sin atreverse a expresar el motivo de su pena; y Juan Francisco, abrazándola cariñosamente, le preguntó:

—Acaba. Dime lo que quieras. Que si para todos eres la alegría de la huerta, para mí eres la alegría de mi alma... Si yo por ti...

Y al reparar que sus ojos estaban húmedos por las lágrimas le preguntó nuevamente, sin ocultar su intranquilidad:

—Pero, ¿qué te pasa?

Carola no quiso seguir engañándole más. Comprendía que la nobleza de aquel hombre merecía una confesión sincera, y le dijo:

—Te diré la verdad de lo que me pasa. Pues, me pasa, que Alegría, que ha corrido conmigo toda la huerta desde que éramos pequeños, que Alegría, que en la vida rondó mi reja, cuando se ha enterado que voy a ser tuya... ¿qué sé yo... Troncho me dice que está loco, que llora... Hasta Isabel dice que cometo una mala acción. Y yo... Pues yo...

Juan Francisco la interrumpió preguntándole ansiosamente y sintiendo que su corazón presentía una dolorosa contestación por parte de Carola.

—¿Es que tú le quieres?

Carola bajó la cabeza, sin atreverse a responder.

Juan Francisco la atrajo hacia sí. Cariñosamente la hizo levantar la vista hacia él y le preguntó:

—¿Le tienes miedo? ¿Acaso te va a matar Alegría? Dime la verdad... Dime si le quieres.

Pero antes que la muchacha pudiera responder a aquella imperiosa pregunta se presentó Alegría. Ignoraba todavía el muchacho la verdad de cuanto ocurría. Aun no se había atrevido nadie a decirle que la mujer a quien tanto amaba se había prometido formalmente con otro hombre.

Y en esta ignorancia, Alegría

había recorrido la huerta para llevar a su amada las flores de azahar con las cuales ella se engalanaría y obsequiaría a la Virgen.

Sin preocuparle de la presencia de Juan Francisco se acercó a la moza y le dijo:

—Carola. Mira qué azahares te traigo... Buenas tardes, Juan Francisco.

Ninguno de los dos se atrevió a responderle. Se daban cuenta de que el muchacho no sabía todavía la verdad, y ninguno de ellos se encontraba con ánimos para confesarle la verdad. Alegría, al ver que ninguno le respondía, preguntó alarmado:

—Pero, ¿qué es eso? ¿Se os ha cortado el habla? Y tú, Carola... ¿No ves qué puñado de azahares te traigo para que los luzcas en la procesión?

—Tíralos, Alegría — le dijo Juan Francisco.

—¡No! — exclamó Carola, sin poder reprimir un impulso de su corazón.

—¿Qué dices? — preguntó Alegría.

—Que los tires — volvió a decirle Juan Francisco —. Hasta ayer pudiste cortárselos; hoy me ha dado ya su palabra, y va a ser mi compañera, y sube conmigo a la ermita.

—¿Contigo? — preguntó Alegría, que no podía dar crédito a las palabras de Juan Francisco.

—Sí, conmigo — repitió Juan Francisco, dispuesto ya a llevar aquella conversación al terreno que quisiera Alegría —. ¿Quieres que te lo diga ella misma?

Se volvió hacia la muchacha y le dijo:

—Anda, Carola, díselo. ¿No es verdad que me has dado tu palabra?

Carola, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, respondió, con un hilo de voz que apenas si se la oyó:

—Sí.

—Ya lo has oído — le dijo Juan Francisco.

Alegría sintió que se le paralizaba la sangre. Una angustia infinita le ahogaba. Quiso hablar, pero las palabras murieron antes de nacer. Carola comprendía la pena que le estaba causando a Alegría. La comprendía, porque la comperaba con la que ella misma sentía, y para evitar que se prolongara aquella situación le suplicó a Juan Francisco:

—Llévame de aquí, por Dios.

—Ahora mismo — le dijo Juan Francisco.

Y tomándola del brazo se alejó con ella.

Alegría quedó clavado en la tierra. Estaba anonadado por el golpe y no sabía qué hacer. De pronto sin-

tió deseos de vengarse, de matar a quien le robaba el único tesoro de su vida. Hizo ademán de lanzarse tras ellos, mas en aquel momento le sujetó por el hombro el tío Piporro, que juntamente con Troncho habían estado oyendo la conversación, escondidos entre unos matorrales.

Alegria volvió la cabeza, y al ver quien lo detenía se arrojó en brazos de él, exclamando desesperado:

—¡Tío Piporro!...

Troncho amenazó a los que se

iban con los puños cerrados y exclamó:

—¡Que la Fuensántica me castigue si no le estropeo el pasodoble al tío ése!

El tío Piporro, hombre ya que por su edad era más cauteloso, temió por lo que pudiera hacer Alegria, impulsado por los celos, y le aconsejó:

—Déjala en paz, y voto del pueblo. Vale muy poco una mujer para que un hombre se pierda por ella.

LA HUIDA DEL PUEBLO

ALEGRIA pensó mucho en el consejo que le había dado el tío Piporro. A solas con sus tristes pensamientos terminó por aceptar aquella idea que le había sugerido, diciendo, como él, que ninguna mujer merecía el sacrificio de que un hombre se perdiera por ella. Mas, como por otra parte pensaba que tampoco podría sufrir la presencia de Carola y de Juan Francisco, sin dudarlo ya empezó a arreglar sus ropas para marcharse aquel mismo día, si le era posible.

En aquella ocupación lo encontró su madre, que le preguntó extrañada:

—¿Qué haces, mocico?

—Ya lo ve usted, madre. Me voy del pueblo.

—¿Que te vas?... Y ¿por qué?

Alegria le refirió en pocas palabras todo lo que ocurría entre él y Carola, le dijo que no podría vivir sin ella, viéndola con otro, y que antes de perderse huía del pueblo.

Era Alegria el único sostén de la pobre vieja. Viuda desde hacía años, su hijo había sido para ella el único cariño de la tierra, jamás tuvo una queja de él, y se sentía orgullosa de aquel hijo que Dios le había dado, quien era para ella la luz de sus ojos y el único consuelo en su soledad. Como buena madre, le halagaba los elogios que todos le hacían de Alegria, ponderando su honradez, su hombría de bien y su buena voluntad para el trabajo. Cuando, a solas con él, se le quedaba mirando, sentía en lo más in-

timo de su ser la inmensa satisfacción de haberle traído al mundo y poderle oír sentir el dulce nombre de madre.

Por esto cuando Alegría le dijo que pensaba marcharse del pueblo sintió la pobre mujer como si el corazón se le hiciese añicos. Ella había estado siempre segura de que Carola sería para su hijo, y le satisfacía el amor que creía que los dos jóvenes se tenían. Lo que jamás hubiera pensado es en que Carola despreciase a su Alegría por aquel otro Juan Francisco. Pensó que todo se debía al dinero, y le preguntó a su hijo:

—Pero, ¿cómo ha sido eso?

—Ya lo ve usted, madre. Todas las mujeres son iguales.

—Pero, ¿tú estás seguro de que Carola quiere a Juan Francisco?—le preguntó su madre.

—Ella misma me lo ha dicho.

—¿Y no te dijo antes que te quería a ti?—le preguntó.

—Nunca me dijo nada.

—Pues todos creían que erais novios—insistió su madre—. Yo también lo creía.

—Estaban engañados. Jamás lo fuimos, ni jamás me atrevía a decirle a Carola que me diese su palabra.

La madre comprendió en seguida lo que había pasado. Su instinto ma-

terno no necesitaba de explicaciones para poder leer en el pensamiento de su hijo, y le reprochó dulcemente.

—Has hecho mal, Alegría. Tú no debiste dejar que ella te diera su palabra. Sabías que te quería y debías haber sido tú el que le pidiera su conformidad. ¿A qué esperabas?

Alegría se echó a llorar como si fuera un chiquillo, y, como si fuera un chiquillo también, se arrojó sobre el regazo materno, exclamando:

—Yo nunca me atreví a decirle nada. Cuando más decidido me encontraba para hablarle, aparecía ella y las palabras se me quedaban en la garganta. No sabe usted cuánto he sufrido por esta cortedad mía. Jamás encontraba el momento propicio para poderle hablar de nuestro amor...

—Y qué querías entonces, ¿que fuera ella la que te hablara?—le preguntó su madre, acariciándolo.

—No sé, madre, no sé. No me pregunte usted nada.

—Y ahora—siguió diciéndole su madre—, después de haber perdido el tiempo, quieres perderlo del todo marchándote del pueblo.

—Es que no puedo vivir aquí. Mi vida sería un infierno al verlos a los dos juntos. Yo me había hecho a la idea de que Carola sería para mí y

no puedo pensar lo que haría al sabería de otro. Si no me voy haría una barbaridad y no hay mujer que merezca que un hombre se pierda por ella.

Hablaba tal y como le había hablado el tío Piporro. En aquel momento no tenía voluntad propia y se dejaba guiar por el primero que le aconsejaba. Si a su lado hubiera tenido un hombre que le quisiera mal y le hubiera dicho que debía matar a Juan Francisco, Alegrías no hubiera dudado un instante en jugarse la vida con él, para ganar el amor de Carola. Gracias a Dios, el tío Piporro le aconsejó prudentemente, y él estaba dispuesto a todo trance a seguir aquel consejo, aun cuando sabía el dolor que causaba a su pobre madre. Pero el amor es egoísta y no piensa en otros dolores que los que él siente cuando no se ve satisfecho. Alegrías no era una excepción en la regla y también, como todos los enamorados, no pensaba más que en su pesar, sin tener en cuenta los ajenos. Creía que nada podía compararse con la angustia suya, y por esta razón, sin tener en cuenta otra cosa que no fuera su cariño por Carola, insistió en marcharse, a pesar de las súplicas maternas, que no consiguieron otra cosa que la de exaltar aún más su deseo de huir del lado de ellos, donde no pudiera verlos.

Estaba seguro de que era el dinero de Juan Francisco quien se la había quitado, y pensaba, como otros muchos jóvenes, que en otro sitio, lejos de allí, podría conseguir también una fortuna, para volver a la huerta y arrojársele a los pies de aquella falsa mujer que tan vilmente le había engañado, haciéndole creer un amor que no sentía.

Apresuradamente fué haciendo el «lio» de su ropa y salió de su casa para irse carretera adelante, sin rumbo fijo, guiado tan solamente por su destino, pero huir, huir de allí y dejarlos a los dos solos que gozasen de aquel amor a costa de su desgracia.

En la puerta de la casa de Carola las amigas habían llegado por ella, y viendo que tardaba, le gritaron desde la puerta:

—Carola, que te esperamos.

—No te acicales tanto, mujer.

Su madre, que oyó las voces de las muchachas, entró a su habitación para decirle:

—Anda, date prisa que te están esperando.

—Ya estoy, madre—dijo Carola, dándose los últimos toques a su tocado.

Su madre, al despedirla, le dio un beso cariñoso, al mismo tiempo que le decía:

—Que os divirtáis mucho.

Al salir se encontró con Isabel, que le dijo admirándola:

—Qué guapa estás, Carola.

Y, en efecto, en aquellos momentos Carola, vestida con el traje típico de murciana, parecía una flor más

que había brotado en la huerta, y cuyo perfume embriagaba. Sus cabellos dorados parecían hilos de oro que enmarcaban aquel rostro de nieve, en cuyo cutis el sol no podía haber hecho todavía mella.

UNA VEJIGA CON GANAS DE DESINFLARSE

CAROLA, como mujer al fin, sonrió satisfecha de la admiración de Isabel y se dirigieron hacia la plaza del pueblo, donde en aquellos momentos Troncho, que tenía metida en la cabeza una idea, discutía con el cabezudo de la procesión, diciéndole:

—¿Estás conforme con lo que te he dicho?

—No te entiendo ni una sola palabra—le respondió el otro.

—Que si quieres tocar por mí en la procesión, y yo me pondré esa cabezota que llevas tú. Yo saldré de cabezudo.

—Y ¿cuánto dan por eso?

—Diez reales.

—El otro meneó negativamente la cabeza, diciéndole:

—Yo menos de tres pesetas no toco, porque como cabezudo gano tres pesetas y media.

—¿Te hacen doce reales? —le ofreció Troncho.

El trato quedó hecho. El cabezudo se ofreció a ocupar el puesto de Troncho y éste se colocó la cabezota que él llevaba puesta, y se hizo cargo de la vejiga, llena de aire y amarrada a una vara, con la cual se libraba de los chiquillos que le acosaban por todas partes.

Heriberto dudaba también de Troncho. Tenía para ello sus motivos y pensó que lo mejor sería sacarlo de la banda y poner en su lugar al que había de cabezudo. Por esta razón, cuando vió al alguacil, le dijo:

—Oye, búscame al cabezudo y

dile que tengo necesidad de hablar con él.

—Lo he visto por ahí. Voy a buscarlo—le respondió el alguacil, al mismo tiempo que se marchaba a cumplir la orden.

No tardó en dar con él, y sin sospechar que fuera Troncho, que había ocupado el sitio del otro, le dijo a grandes voces, para que pudiera oírle por detrás de la cabezota de cartón que llevaba puesta:

—Oye, tú, Heriberto el organista quiere hablarte.

—¿A mí?

—A ti, hombre... Ves a verlo... Y mejor será que vengas conmigo.

Troncho echó a andar detrás del alguacil, y cuando llegaron adonde estaba Heriberto, el representante del Ayuntamiento se lo mostró, diciéndole:

—Aquí lo tiene usted. Yo me marchó, que todavía tengo mucho que hacer.

Heriberto se acercó al cabezudo y le preguntó:

—Oye, ¿tú tocas el clarinete?

Troncho hizo un signo afirmativo con la cabeza, y el organista siguió diciéndole:

—¿Te atreverías con solo leer el papel un par de veces a ejecutar una pieza, no muy difícil?

El mismo gesto afirmativo del ca-

bezudo que la vez anterior, y le preguntó seguidamente:

—¿Por qué quiere usted que toque yo?

Heriberto miró a un lado y a otro y al fin le dijo:

—Te lo diré en secreto. Porque quiero substituir a Troncho, que es un animal completo.

Troncho empezó a sentirse nervioso y empezó a dar vueltas a la vejiga que llevaba en la mano, deseoso de rompérsela en la cabeza al organista, que, sin darse cuenta, siguió diciéndole:

—Ese pedazo de alcornoque me quería estropear el número.

Troncho le atizó el primer golpe y Heriberto, creyendo que era casual, le dijo:

—Oye, cabezudo, oscila la vejiga para otro lado.

—Es que no veo. Siga usted.

—Pues verás—le confesó Heriberto—. Me quiere descomponer el número por ciertos rumores que corren por ahí referentes a su costilla... Nada de eso es verdad. Lo que pasa es que ella... pues claro... mi nombre... mi talento...

Troncho no le dejó terminar su pensamiento. Le atizó unos cuantos golpes con la vejiga, al mismo tiempo que le decía:

—Usted es un tío sinvergüenza...

un granuja, y ahora me las va a pagar todas juntas...

Heriberto corría de un lado para otro, para librarse de la furia del cabezudo, pero éste le seguía, atizando de una manera despiadada, queriendo vengarse en él no solamente el agravio que acababa de hacerle, sino también el daño que había hecho a su amigo Alegría.

La infeliz madre de éste, al ver la decisión de su hijo, comprendió que una sola persona sería capaz de detenerlo. Esta persona era Carola. Estaba segura que una sola palabra de ella haría cambiar a su hijo de resolución y por eso, cuando vio que Alegría salía de la casa para marcharse corrió en busca de Carola, a quien le dijo suplicando:

—Carola, mi hijo se me va... Se va loco de cariño por ti... Piensa lo que haces... Tú también le quieres y no puedes dejar que se vaya.

Carola reaccionó ante aquel sincero dolor. También ella sentía en el corazón una pena inmensa. No podía dejarle marchar. Tenía necesidad de tenerlo a su lado porque era el único hombre a quien ella amaba.

Decidida a evitar su marcha le dijo a la madre de Alegría:

—Haré todos los posibles porque no se marche... ¡No se marchará!... ¿Dónde está?

—Va por la carretera real... Corre, hijica... Alcánzale.

—Confíe en mí—respondió Carola.

Volvió donde estaban sus amigas y llevándose a Isabel a un lado le dijo:

—Isabel, voy en busca de Alegría, que quiere marcharse del pueblo... Yo quiero verle... quiero hablarle, decirle que le quiero... Nos encontraremos camino de la ermita.

Y al mismo tiempo que ella iba en busca de Alegría, Juan Francisco iba también en busca de ella para acompañarla a la ermita.

Como había dicho su madre, Alegría se dirigía por la carretera real adelante, hasta que llegó a una especie de ventorro que había a un lado del camino. A la puerta de esta venta se encontró con el tío Piporro, que al verlo le preguntó:

—¿Dónde vas?

—Ya ve usted. He seguido su consejo y me marché. «Me voy con mi mala ventura a otra parte... La dejo, pero yo no puedo seguir aquí.

El tío Piporro le echó un brazo por los hombros y le dijo:

—Está bien, muchacho; pero no te vayas todavía. Bebe conmigo una jarra.

Alegría dudó, receloso, y al fin le respondió:

—Es que temo verla con Juan Francisco.

—No la verás, hombre. Entra, que ahí tienes también a la parranda con sus guitarras y bandurrias.

Alegria siguió dudando, y el tío Piporro lo decidió al final, diciéndole:

—Anda, hombre. Echas un trago y te vas.

Se lo llevó cogido hasta el interior de la venta y llamó a la dueña, diciéndole:

—A ver, María Dolores, dos jaras del tinto.

—¡Hola, tío Piporro!—le saludó uno de los de la parranda—. Ven con Dios, Alegria—saludó también a éste.

—Tienes que cantarnos unas coplicas—le dijo otro mozo a Alegria.

—Sí, hombre, sí—pidieron todos.

—No estoy pa coplicas hoy—respondió Alegria.

—Aquí está el vino—intervino la ventera, dejando las dos jaras sobre una mesa.

—Con Dios venga—exclamó el tío Piporro, cogiendo una y brindando: A tu salud, Alegria. A que tengas mucha suerte adonde vayas.

—A su salud, tío Piporro—respondió Alegria.

No hacía más que unos minutos que Alegria estaba dentro de la venta, cuando llegó Carola. Empujó la puerta del patio, a cuyo fondo estaba la venta, y en ese preciso momento oyó la voz de Juan Francisco, que la había seguido y que la llamaba severamente diciéndole:

—¡Carola! ¿Adónde vas?

COPLAS DE AMOR

CAROLA se volvió. Al ver a Juan Francisco sintió que le faltaban las fuerzas y se dejó caer sobre un banco de piedra que había en la misma puerta, ocultando la cara entre las manos para que Juan Francisco no la viese llorar.

Desde dentro de la venta se oía el rumor de las guitarras. Aquella música le recordó a Juan Francisco una copla que él había oído, y acercándose a Carola, la cogió por una mano y le preguntó:

*¿Por qué estás triste,
paloma mía?
¿Por qué en tu cara
no veo la risa jamás?
¡Es, por desgracia,*

*que no me quieras,
y no te atreves, nenica,
tu pena a curar?*

Carola levantó suavemente la cabeza, y siguiendo la música le respondió:

*Es que tengo una rozobra
tan singular,
que lo que siento
no lo sé explicar.
Déjame con esta pena,
y espérate,
que acaso pronto
te lo diré.*

Juan Francisco volvió a cantarle:

Cálmate, lucero mío,

*cesa ya de padecer;
tus penicas son las mías
y me vas a enternecer.*

*Cántate una parrandica,
que la sabes tú cantar,
y verás con estas manicas
a su nena julear.*

*Deja, Juan Francisco,
que no puede ser.*

le dijo Carola.

Pero, ¿qué te pasa?

le preguntó Juan Francisco.

Ya te lo diré.

volvió a decirle ella.

Pero antes que pudiera confesarle la verdadera causa de aquella pena, desde dentro de la venta se oyó la voz de Alegría que cantaba una jota murciana y que decía, como un eco del amor que tenía hacia Carola:

*Huertanica de mi vida,
mira si yo te querré,
que aunque te cases con otro
en jamás te olvidaré.*

*A la jota, jota, jota,
jota de mis fatigüicas,
A la jota, jota, jota,
jota de la murcianica.*

Siguieron tocando las guitarras y nuevamente se oyó la voz de Alegría cantando:

*La Virgen de los Peligros,
que está encimica del puente,
sabe que yo te camelo
con fatigüicas de muerte.*

*A la jota, jota,
de la ribérica.
A la jota, jota,
de la murcianica.*

*Sal, nenica, sal;
sal, nenica a tu halcón,
y verás qué alegre
se pone al punto
tu corazón.*

Carola sentía que el corazón se le deshacía de pena al oír a Alegría. Dentro, los mozos aplaudían al cantador, hasta que por fin éste se puso en pie, diciéndoles:

—Adiós, mocicos.

El tío Piporro le acompañó. Mas, al ver en la puerta del patio a Carola y a Juan Francisco, Alegría quedó parado, como si una nube de sangre le cegara los ojos. El tío Piporro se dió en seguida cuenta de lo que pasaba y le cogió por un brazo, al mismo tiempo que le decía:

—Cuidado, nenico.

—¡Déjeme usted, por favor!— exclamó.

—Es que...—no se atrevió a terminar su pensamiento porque Alegría lo acabó diciéndole:

—En seguida me voy.

Carola intentó adelantarse, pero Juan Francisco la detuvo por un brazo, y sólo pudo exclamar angustiosamente:

—¡Alegría!

Este, sin hacerle caso, se acercó a Juan Francisco y le preguntó burlescamente:

—Di, Juan Francisco, ¿verdad que es guapa?

Carola advirtió en aquellas palabras una ofensa a ella, y le suplicó de nuevo:

—Alegría... Vete.

—Ya me voy, mujer—respondió Alegría, dominándose con un esfuerzo—. Ya sé que os estorbo.

—Puedes hacer lo que quieras—le dijo amenazador Juan Francisco.—Carola se casa conmigo.

Alegría rió burlescamente, y le dijo:

—¿Contigo? Vaya con Dios. Si ella lo quiere, que seas muy feliz... Pero oye.

—¿Qué?—respondió Juan Francisco, que tampoco era hombre capaz de intimidarse.

El tío Piporro volvió a coger a Alegría por un brazo para llevar-

selo, y éste, reflexionando, le dijo encogiéndose de hombros:

—Ná... No tengo ná que decirte.

—Vamos, Carola—ordenó Juan Francisco a la muchacha.

—Ya se va, hombre, ya se va—le dijo Alegría—. Si yo no te la quito... Si yo soy Alegría; Alegría hasta cuando me roban lo que era para mí como el respiro para la salud.

—¡Es que Carola me quiere!—le dijo Juan Francisco.

—¡Eso no!—exclamó indignado Alegría—. Di que te la llevas porque eres rico, porque tienes hacienda; pero por cariño, no. Y si no, que lo diga ella, que diga ella que te quiere.

—Basta ya de duelos—exclamó el tío Piporro—. Tú te vas, porque yo lo quiero. Y tú—dirigiéndose a Carola—, tú haz lo que quieras.

—Está bien. Me voy—aceptó Alegría—. Adiós, tío Piporro.

Y siguiendo la acción a la palabra se lanzó carretera adelante, mientras que Carola, echándose a llorar, exclamó con un grito que le salía de lo más hondo de su corazón:

—¡Se marcha!

—Y para siempre—respondió el tío Piporro.

Carola dudó un momento, pero

en un arranque que no pudo contener gritó angustiada:

—¡Alegria!... ¡Alegria!

—Pero oye, Carola—la reconvino Juan Francisco.

—¡Déjame!—le dijo ella violentamente—. Corra usted, tío Piporro; tráigalo aquí. Por lo que más quiera usted, tío Piporro... Yo no puedo vivir sin él.

El tío Piporro salió corriendo para dar alcance a Alegria, mientras que Carola le decía a Juan Francisco:

—Juan Francisco, perdóname; te di mi palabra, tú eres para mí el término de mis ahogos; todo, pero sin Alegria no vivo.

—Me has engañado—le dijo Juan Francisco, comprendiendo lo que Carola quería decirle.

—No, me ha engañado a mí el corazón—le respondió ella.

—¿Tu corazón?—exclamó Juan Francisco—. ¿Tú crees que tienes corazón?

—Sí, Juan Francisco—insistió ella—, porque lo tengo, porque sé que le amo y que no podría amar a nadie más que a él, te lo digo.

—Entonces, ¿yo he sido para ti un juguete?—preguntó indignado Juan Francisco.

—No; no me juzgues tan mal. Yo sabía que amaba a Alegria, pero creí que podría amarte a ti... Estaba

segura que, poniendo mi voluntad de tu parte, podrías ser tú para mí lo que tú querías, pero ahora me doy cuenta de mi engaño. No puedo, Juan Francisco, no puedo.

Juan Francisco sentía el dolor que le causaba aquella confesión de Carola. Pero en él era muy distinta la pena a la de Alegria. El sentía herido su amor propio, sentía que su dignidad se vería en entredicho entre la gente del pueblo, al saber que había sido despreciado por Carola y que ésta había preferido a Alegria.

—Debiste pensar antes en todo eso—le dijo.

—Lo sé, y por eso te pido que me perdones. Haré todo lo que tú quieras, pero no me pidas que no ame a Alegria. El es para mí toda mi vida.

—¿Y piensas en qué ridículo me pones ante todos?

—No, Juan Francisco—le dijo ella—. Tú sabes bien que nadie te culpará. Todos me echarán a mí la culpa; pero no me importa con tal de tener el amor de Alegria.

—¿Y si él no te quisiera, después de lo que ha pasado?

Pero Carola no dudó. Estaba segura del amor de Alegria. ¿Acaso él mismo no se lo había dicho hacía unos segundos, cuando ya nada podía conseguir de ella? ¿No había sido

aquella la única vez que él había hablado de su amor, y con tanta sinceridad que no dejaba lugar a duda ninguna? Segura de ello le respondió:

—Alegria no me negará su cariño. Yo soy para él lo que él ha dicho: el respiro para su vida.

Juan Francisco empezaba a comprender lo inútil de su insistencia. Comprendía cuán grande era la pasión que unía aquellos dos corazones. No era él hombre tampoco que exigiese por la fuerza lo que de buena gana no se le quería dar. De hombre a hombre hubiera luchado por su amor, pero sabiéndolo suyo. Ahora era diferente. Ahora no tenía nada suyo y no tenía tampoco que defender nada. Su conciencia no tenía por qué acusarlo de haber cometido ninguna mala acción, y esa misma conciencia era la que en aquellos momentos le aconsejaba dejar el campo libre al otro. No conceptuaba a Alegrias como a un rival, puesto que jamás lo fué. Era únicamente el hombre que había tenido la suerte de ganarse el corazón de Carola; y de caballero era el saber perder. Él había perdido y se marcharía.

Carola le miraba angustiosamente. Casi adivinaba la lucha que interiormente sostenía Juan Francisco, y le suplicó:

—Yo sé que tú eres bueno, sé que eres incapaz de cometer una mala acción.

El la miró amorosamente, y la moza continuó diciéndole:

—Juan Francisco. Todos hablan bien de ti. Todos te elogian por tu hombría de bien... ¿Por qué no quieres devolverme mi palabra? Te lo pido por lo que más quieras.

Aun dudó unos segundos Juan Francisco; aun luchó con aquella pasión que sentía por Carola, pero finalmente se impuso el buen criterio y su buen corazón y le respondió:

—Tienes razón, Carola. Es inútil todo. Comprendo ese amor, por el que yo te tengo. ¿Qué haría yo de ti? Nada más que una mujer desgraciada, y tal vez algún día me arrepentiría. Alegria te merece; es quien debe casarse contigo... Yo no soy nada para ti. Debí haberlo visto antes de ahora, pero tu belleza me cegó...

—¿Entonces? — preguntó Carola con lágrimas en los ojos.

—Sí, Carola. Te dejo en libertad. Esperaré a qui a que vuelva Alegria y seré yo mismo quien te deje en sus brazos.

Carola no pudo contenerse y pretendió besarle las manos, a lo que él se opuso diciéndole:

—No, Carola. No hago más que cumplir con mi deber. No quiero que entre Alegría y yo queda la más leve sospecha. El es un mozo digno de tu amor y yo quiero hacer-

me digno de su aprecio y de su amistad. Seré yo mismo quien le diga que le amas y le pida que te haga su esposa.

OTRA VEZ JUNTOS... PARA SIEMPRE

EL corazón de Carola saltaba dentro de su pecho, mientras que sus ojos no se apartaban de la carretera por donde se había ido el tío Piporro, quien hablaba con Alegría y se les veía discutir acaloradamente, como si entre los dos no llegaran a un acuerdo.

Juan Francisco esperaba tranquilamente el regreso de Alegría. Estaba seguro de que volvería por Carola.

El tío Piporro dijo a Alegría:

—Corre, que Carola ha vuelto al juicio de repente y te llama.

—¿No es cosa de usted?—preguntó Alegría, sin poder creer tanta dicha.

—No seas asno, que es ella—volvió a decirle el tío Piporro, arras-

trándole casi hacia donde estaba Carola.

Carola corrió también a su encuentro, gritándole:

—¡Alegría! Te quiero mucho.

Alegría la estrechó entre sus brazos, mientras que el tío Piporro se decía a sí mismo:

—Si esta sale güena, es la primera vez que me equivoco.

—Pero, ¿es verdad que me quieres?—preguntó Alegría, en cuyos ojos podía leerse toda la dicha que le causaban las palabras de Carola.

Juan Francisco fué sincero en aquella ocasión y le respondió:

—Sí, Alegría, a ti sólo es a quien quiere. —Y poniéndole una mano sobre su hombro siguió diciéndole: —Y ten entendido que si yo lo hu-

biera sabido así, ni me hubiera puesto en tu camino, ni hubiera mortificado tu cariño.

La nobleza de Juan Francisco ganó en seguida a Alegria. Estrechó su mano fuertemente, como la de un buen amigo, y le dijo:

—Gracias, Juan Francisco.

El tío Piporro intervino también y encarándose con Juan Francisco le dijo:

—Juan Francisco... ¡Eres un hombre! Esto bien mereco bebernos una jarra.

—Se acepta, tío Piporro.

—¡Qué feliz soy, tío Piporro!— le dijo Alegria.

El tío Piporro sonrió bondadosamente y le contestó:

—Cúeno, pero ten cuidado y acuérdate que no es lo mismo sembrar trigo en la tierra que sembrar cariño en una mujer—y quitándole el hatillo que llevaba Alegria, terminó diciéndole—: Trae esto, que no te sirve pa la fiesta.

Alegria le entregó el hatillo. Todo cuanto poseía lo habría entregado en aquel instante, en el que, gracias a la intervención de Piporro, había conseguido nuevamente la felicidad más grande de su vida, que era el amor de Carola.

Los dos juntos se dirigieron hacia la ermita. Juntos querían dar gra-

cias a la Virgen, que había obrado el milagro de unir aquellos dos corazones que jamás estuvieron separados.

Para Alegria y Carola les pareció que nunca era tan hermosa la Virgen como en aquel instante en que, postrados ante ella, le daban gracias por haber hecho realidad el sueño que durante tanto tiempo acariciaron los dos. Era como si la vida volviera nuevamente a ellos. El sol, el campo y hasta los pájaros que poblaban la huerta les parecía que estaban más alegres. Todo aquello que horas antes les parecía una naturaleza muerta volvía a recobrar su vida habitual al solo milagro del amor.

Juan Francisco los vio marcharse, sin sentir en el corazón ningún resquemor. Estaba convencido que había hecho lo que debía hacer un hombre de bien, y así se lo dijo el tío Piporro.

—Juan Francisco, has hecho lo que hacen los hombres.

—¿Dudaba usted acaso que yo sé lo que debo hacer?—le preguntó sonriendo tristemente Juan Francisco.

—Lo dudaba—le respondió el tío Piporro—. El amor es muy mal consejero.

—Cuando el amor es falso, sí—

respondió Juan Francisco—. Pero cuando se quiere de verdad a una mujer hay que saber hacerse un nudo en el corazón para sacrificarse por la felicidad de ella. Además, ¿qué iba yo a conseguir de Carola? ¿Que fuera mi mujer? ¿Y cómo lo hubiera sido? Su amor jamás hubiera sido mío, porque su pensamiento siempre habría estado lejos de mí, me hubiera pertenecido como esposa, pero su alma habría pertenecido a Alegria. He hecho bien en lo que he hecho.

—¿Y tanto que sí!—exclamó el tío Piporro.

—Tal vez en el pueblo no lo creen así—murmuró Juan Francisco.

—Todos lo creerán—afirmó el tío Piporro—. Con lo que has hecho vuelves a ser otra vez lo que eras. No habrá quien te mire con malos ojos, y si hay alguno que lo haga soy capaz de sacárselos yo.

Juan Francisco sonrió ante la amenaza del pobre viejo. Comprendía el cariño que sentía por Alegria y esto le hacía comprender también aquella actitud suya.

Alegriamente bebieron la jarra que convidó el tío Piporro y que pagó Juan Francisco, y una vez que lo hicieron, el viejo le propuso:

—¿Vamos a la procesión?

Juan Francisco dudó unos segun-

dos. A pesar de todo tenía reparos de presentarse en la procesión sin llevar de la mano a Carola. Se había extendido demasiado la noticia de sus relaciones con Carola y sentía la natural indecisión de que lo vieran solo.

El tío Piporro comprendió sus dudas e insistió diciéndole:

—Ya comprendo lo que te pasa; pero yo, en tu lugar, iría. De esa forma todos verían que no te ha quitado la novia, sino que tú la has cedido.

Juan Francisco se decidió al fin y exclamó:

—Lleva usted razón. Vamos para allá.

Juntos, como dos viejos amigos, que se conocen todos sus secretos, el tío Piporro y Juan Francisco se encaminaron hacia el pueblo.

Ya no pensaba en lo que los demás dirían de él. Pensaba tan sólo en la felicidad de aquellos dos seres cuya amistad sincera había ganado para toda la vida, y en lo más íntimo de su corazón sentía esa gran alegría que siempre produce el saber que se ha cumplido con un deber.

Y aquella tarde, cuando Alegria y Carola veían pasar la procesión, la moza le preguntó cariñosamente:

—¿No le pides nada a la Fuensantica en este momento?

—Sí—dijo él—, que nos bendi-

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

ga y nos dé una felicidad tan grande
como el cariño que te tengo.

Y a continuación, como una ple-

garia a la Virgen, Alegría le cantó,
mientras tenía cogida por la mano
a Carola:

*Fuensantica, Virgen mía,
protege nuestros amores;
haz que sea nuestra vida
un camino de flores.*

FIN

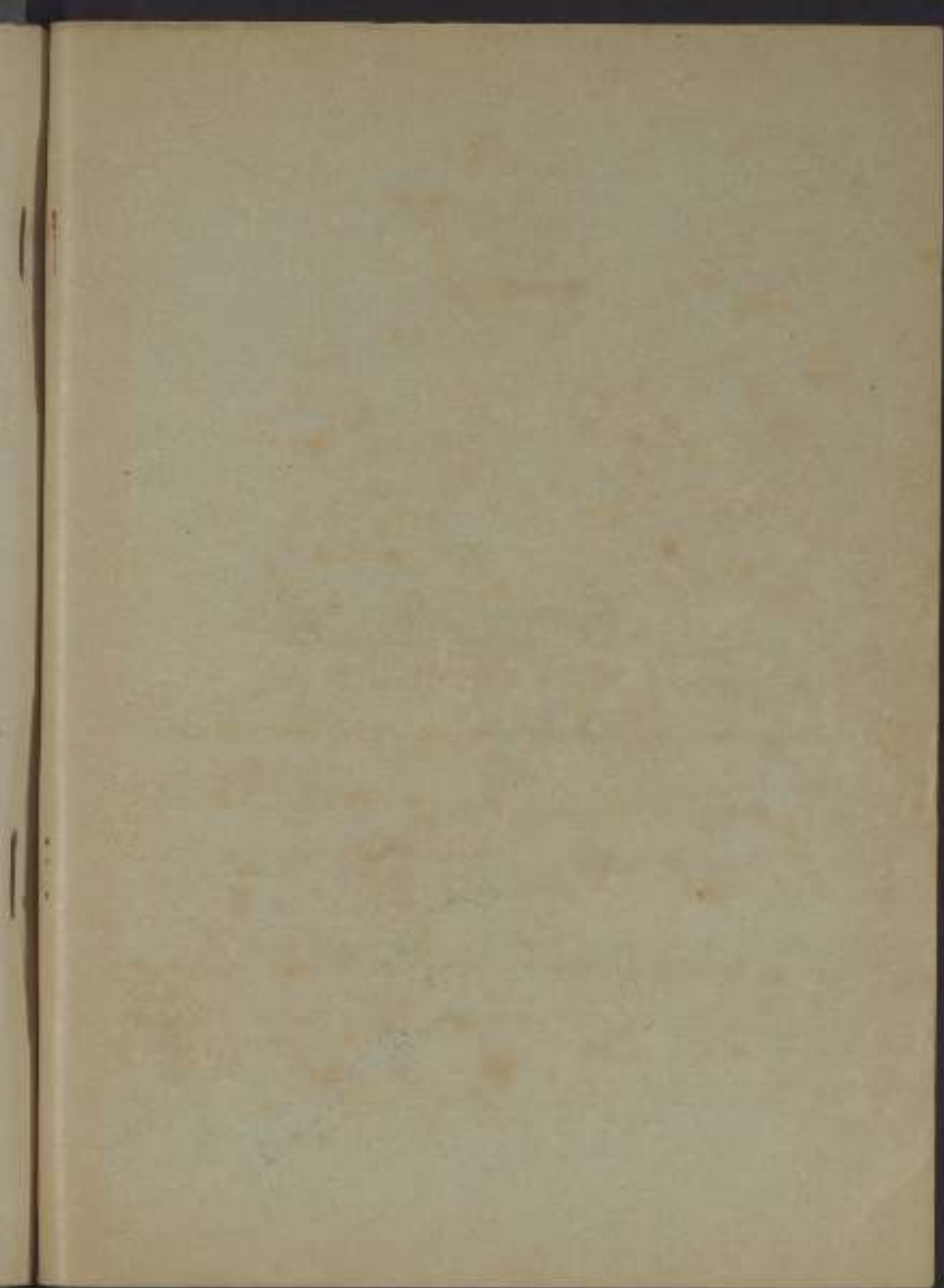
No pida usted una novela
cinematográfica cualquiera

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

publicadas por **EDITORIAL ALAS** que se garantiza de selección



22-8



2 Ptas.